

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

DIRECTOR · PROPIETARIO

VICENTE VALEKO DE BERNABÉ

AÑO IV

Número 52



Ayuntamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



ASTRA ASTRA
REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL
FABRICANTES: { **GUERNICA**
 { **ESPERANZA Y UNCETA.** { **(VIZCAYA)**
DELEGACIÓN GENERAL { **A.V.D BERNABÉ** &
 { **MAYOR 86 MADRID** &

Unica reglamentaria en el Ejército.
Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros,
en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes
y Oficiales de la Guardia civil.

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS

Ayuntamiento de Madrid

Papelería e Imprenta de Felipe Martín Crespo

Calle Mayor, 47.

MADRID

Teléfono 211-M

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL EJERCITO

Enseñanza de la Esgrima del fusil con bayoneta

Autor: Capitán D. Luis Pumarola
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio: UNA peseta.

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del ejército o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, anúnciese en ARMAS Y LETRAS y verá prosperar su negocio.

Pida tarifas y presupuestos.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando de Altola-guirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor. Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído nada más a propósito. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las **FALDAS DE JUSTO**. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.



EDITORIAL ANTEA

APARTADO DE CORREOS NÚM. 486

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: ANTEA

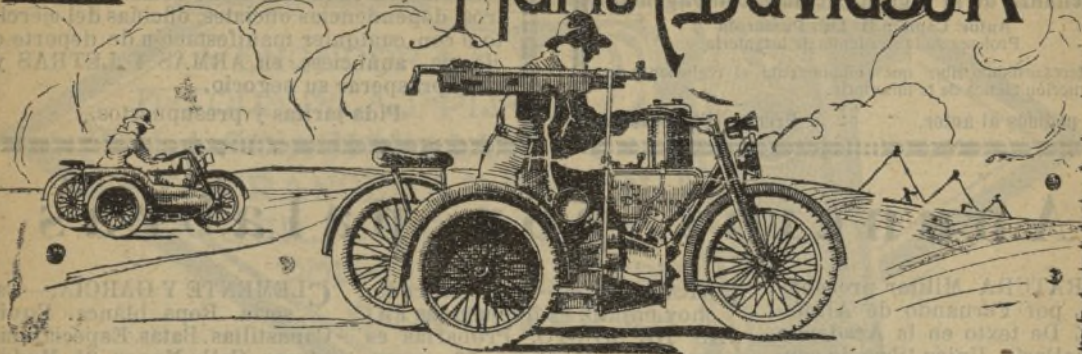
ARMAS Y LETRAS, deseando siempre favorecer a sus suscriptores, ha hecho un contrato con la EDITORIAL ANTEA, con el fin de facilitar libre de gastos de franqueo, y con el 10 por 100 de descuento a los 200 suscriptores de nuestra revista que primeramente llenen el adjunto boletín y lo remitan firmado a esta redacción o a las oficinas de dicha Editorial acompañado de su importe, de cualquiera de las obras editadas por dicha editorial y que a continuación se expresan:

- I. **LA REVOLUCIÓN DE LAIÑO**. Novela, de Francisco Camba. Premiada por la Real Academia Española (segunda edición), 5 pesetas.
- II. **EL VELLOCIÑO DE PLATA**. Novela, del mismo autor, cuya primera edición agotóse en ocho días (segunda edición), 6 pesetas.
- III. **DOS MUNDOS AL HABLA**. Sugestiva y emocionante novela, del Padre Ferrándiz, en la cual nos expone la misteriosa vida de otros mundos, 5 pesetas.

D. _____
Domicilio _____
Población _____
Empleo _____
Regt.º o Batallón _____
Arma o Cuerpo _____
Firma, _____

LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
 MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

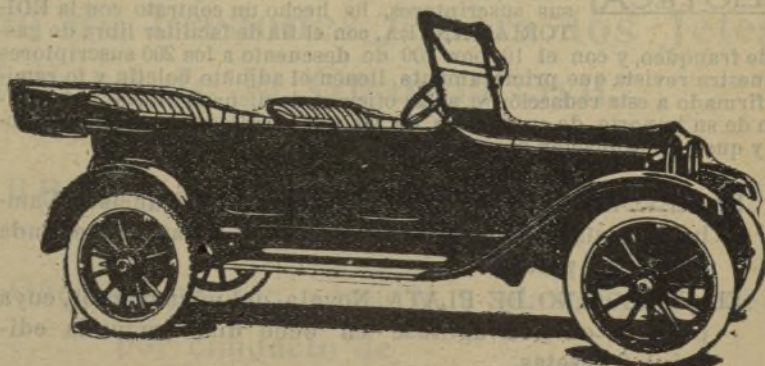
AUTOMÓVILES
DODGE BROTHERS

AGENCIA
 Auto - Tracción
 (S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTOGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Rómea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas.
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 petas. Novedad foto-
gráfica, 23 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes, 5 pesetas

**COMPANIA GENERAL DE AGUAS
MINERALES**

REINA, 29 Y 31

Teléfono M. 1444

Admón. de Loterías núm. 16. -- P. de Santa Cruz, 2
Su Administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe.

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsimiles.
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas.
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Joyería Hispano-Belga

MONTERA, 22

Joyas artísticas y econó-
micas. Relojería garanti-
zada de todas marcas.

CAMAS Y MUEBLES ECONOMICOS
NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA

Balbino Díez García. PELAYO 70 (próximo a Fernando VI).

MATERIAL ELÉCTRICO

LAMPARAS DE TODAS CLASES

A. PAJARES

Jardines, 7 y 9

Descuento de 5 por 100 sobre toda venta que haga la casa a los
militares que lo acrediten.

Construcciones en zinc, plomo, palastro y cha-
pa galvanizada.

Hilario Puerta García. *. Primera casa en envases para aceite.
Postigo San Martín, 7.—Teléfono 3.378

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del Monte Plaza de Sta. Cruz, 7 (platería).

R. FERNANDEZ ROJO, GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases.
Teléfono M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

LA OCASION

COMPRA y VENDE
motocicletas, bicicletas,
accesorios, gramófonos
y discos.

Mayor, 68

CASA HERNANDO

MAYOR, 29
Teléfono 2485, M

Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas. acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel, car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis.

Servicio de la Compañía Transatlántica

LINEA DE OUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de
Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y
Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, OUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso
de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, San-
ta Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puer-
to Cabello, La Guayra, Puerto Rico Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de
Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernan-
do Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especia-
les de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea
de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Com-
pañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servi-
cio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes
para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anun-
ciarán con la debida oportunidad.



Roca

Fotografía

AMPLIACIONES MAGNÍFICAS Y ADMIRABLES
RETRATOS DE BODA
son sus especialidades

TE TUAN-20



FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • CHACOTS • KALPANTS

F. VILLAVERDE

Calle Mayor 39. MADRID Envios a Provincias

HIJOS DE JUAN BAUTISTA FEU

DESPACHO: MONTERA, 19

(FÁBRICA: MESÓN DE PAREDES, 79)

MADRID

Establecimiento de toda clase de artículos militares. premiado con diplomas de Honor y Medallas en las Exposiciones a que ha concurrido.
Fábrica de botones de metal para el Ejército y Armada, libreas, ferrocarriles, etc. etc. — Condecoraciones finas y falsas de todas clases. —
Medallas para premios y exposiciones — Insignias y distintivos con y sin esmalte.

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES. — BANDERAS PARA REGIMIENTOS. — FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES. — CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS. — CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN. — SABLES, ESPADAS Y ESPADINES. — ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS. — BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA. — ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES. — CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS. — ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

CENTRO GRAFICO ARTISTICO TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, 32

TELÉFONO 22-031

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR



BEBED AGUA FARGAS



BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-urinario.

FARMACIA TORRES MUÑOZ. — San Marcos, 11. — MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídalo en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas
FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4,
MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205 - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR DE CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. - Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. - MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,
Papeletas del Monte,
Oro, Plata,
Relojes de buenas marcas,
Antigüedades,
Pianos, Autopianos,
Escopetas,
Máquinas fotográficas,
Gramófonos,
Máquinas de escribir,
Prismáticos
y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

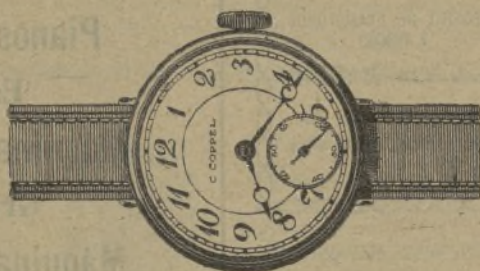
Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

FÁBRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

27, FUENCARRAL, 27. MADRID

Proveedor oficial de la Cooperativa del Ministerio de
la Guerra

REMESAS A
PROVINCIAS



CATÁLOGOS
GRATIS

Núm. 9.098

Reloj pulsera de cuero, máquina fina, de la
marca C. Coppel, en caja de plata de ley,
50 ptas. En caja de oro de ley, 200 ptas.

A pagar en plazos mensuales por media-
ción de la Cooperativa del Ministerio de la
Guerra.

Sucursal en Melilla: Calle O'Donnell, 23

un buen jinete

hace un buen

Caballo

*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticolico F. Mata**



DOS GRANDES TRIUNFOS DE LA GASOLINA "SHELL"

1.º de Noviembre.

Campeonato del Real Moto Club de Cataluña.

Los primeros premios en todas las categorías.

5 de Noviembre.

Gran carrera internacional de automóviles "PENYA RHIN"

- | | |
|---------------------|-------------------|
| 1.º Lee Guines. | «Talbot Darracq». |
| 2.º Conde Zborosky. | «Aston Martin». |
| 3.º Ramassotto. | «Chiribiri». |
| 4.º Seegrave. | «Talbot Darracq». |
| 5.º Batlló. | «M. A.» |
| 6.º Feliú. | «Elizalde». |

TODOS CON "SHELL" LA GASOLINA QUE EXIGEN
LOS QUE SIEMPRE TRIUNFAN

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

Ayuntamiento de Madrid

Anuncios "Los Tirolenses"

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica

fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 46,50 pesetas.

Pagaderas en seis plazos. Enviando al hacer el pedido 11,50 pesetas y el resto en plazos mensuales de 7 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.



ACADEMIA TORRES

PREPARACIÓN PARA EJÉRCITO Y MARINA :: ::

:: :: ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

RESULTADO OBTENIDO EN EL ÚLTIMO AÑO, 41 PLAZAS EN EJÉRCITO Y 19 EN MARINA
EN ARTILLERÍA DE LA ARMADA OBTUVO 9 PLAZAS DE 10 CONVOCADAS

Este centro de enseñanza dispone de capilla a cargo del director espiritual del mismo

EXTERNOS * MEDIO INTERNOS * INTERNOS

CALLE DE PIAMONTE, NÚM. 7.--MADRID

*En campaña, en guardias, en maniobras debe V.
llevar siempre consigo una Pluma Ideal
Waterman*

Conocida en el mundo entero :: Es la mejor.

Precio del modelo «Safety» 30 pesetas.

Placiéndola por conducto de «Armas y Letras», la CASA
GRESPO la facilita a los jefes y oficiales del Ejército,
para pagar en seis plazos mensuales, sin aumento de precio. De
volución en los ocho días al no convenir.



Casa Crespo

Mayor 47

MADRID

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,

CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. e Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA
MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 197 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
Kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

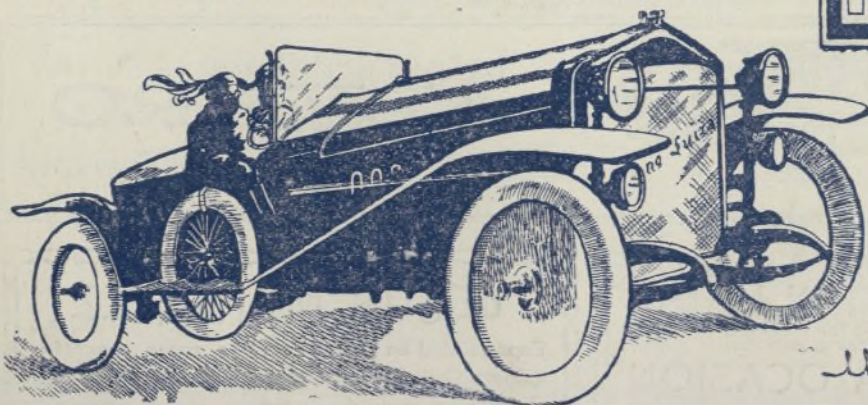
PROVEEDORES DE LA AERONAUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Chelouy



ENTRE JUAN Y PEDRO

—¿A onde vas tan espantao, Juanico?
 —No me digas, maño, qu'estoy...
 —Pero ¡reconcho! parece mentira, lo que te s'está agriando la pacencia.
 —Tu, como estás tan a gusto, te crees que too el monte es orégano.
 —¿Orégano has dicho?... ¡qué mas quisián estos montucos que tener manque fuá espliego!
 —¡Otra!.. ¿a que vas icir que esta tierra...?
 —Si, es mú guena... no hay mas que ver lo que dá... fijate en aquellos trigales, los van a segar y no tapan a dos novios, ni aun sentaos... si viás los de mi pueblo,... casi de pié, se pué uno meter entre ellos...
 —Como que crearás tu que las cosas, pa ser guenas, tien que ser largas...
 —Oye... ¿tu te quedarás aquí entonces?
 —¿Que me quedaré?
 —Si hombre; no ves que nos van a dar tierra y aperos y semillas, pa que no queramos marcharnos y labremos esto.
 —Pero ¿siendo sordao?
 —De sordao te dejarán solo el fusil y el acudir cuando te llamen.
 —¡Toma! lo mesmo qu'ahora...
 —Ahora no te dan tierras.
 —Manque me la den ¿te crees tu que si esto diera algo, no lo sacarían los moros?
 —Icen que no, que son mu malos trabajos.
 —Si... tamién icen que son cobardes...
 —Amos... ¿vas icir que son valientes?
 —Yo lo que digo es, que son hombres como los demás y que esta tierra es mu mala.
 —A sabelo... oye y la prisa que llevabas ¿por qu' era? no me lo has icío.

—Por qu'ha de ser?... por que me traen locos los tres quintos que m'han encargao el capitán qu'haga personas.

—¿Son mu torpes u qué?

—No se qu'icite, pero el caso es que m'aturullan... el uno que no pué con los zapatos, el otro que si los cartuchos pesan mucho y el mas señoritongo ¿de qué dirás que se queja?

—Cualquiera se lo figura...

—Pos dice que ties mu poca gracia p'hacer guisos...

—A ver si l'eslomo... que venga él; íceselo, que pué venir cuando quiera a dame lecciones... que se las pagaré bien... amos hombre, si te digo...

—Que no te lo agradecen... si hay mas ingratos y mal pensaos.

—Yoo eso, ya se yo por qu'es...

—Como que te s'escapa a ti na...

—Si señor, si; no soy tan tonto como tu crees...

—Es qu'hay cosas mu difíciles d'apreciar.

—Déjate de chufas y no le des gueltas... eso de mandar aquí quintos...

—No, que van a mandar cumplidos.

—Es qu'eres cerrao de veras ¡Ridiez!... ¿quién dice eso?

—Como no quies que vengan quintos.

—Y no debían venir, no señor... ¿me quies tu icir que sería malo el que aquí viniesen sordaos d'esos que ya no se asustan de na... veteranos, si señor... ¿cuando han servío los quintos pa ná...?

—Pero qu'exagerao, eres... ¿no son hombres?

—Cuando veo lo qui hacen, casi estoy por creer que no...

—No t'haces cargo que el viaje los atontolinó.

—Si; es verdad... tamién tié eso mucha gracia.

—¿El qu'haiga temporal?

—El que por un poco de cierzo de ese que s'ale-

vanta u del que se cae, ya no puean salir de los barcos los que vienen aquí.

—De eso no tie naide la culpa.

—Pos mira, yo creí que sí, pensando que lo menos que le pueen hacer a uno al obligarle a entrar en una casa, es puerta pa entrar y escalera pa subir ¿no?

—¡Mu claro! tu, lo que quies icir es que no debía pasar eso de que los barcos no puean acercase.

—¡Caball! ¿no t'acuerdas que la geografía que mus hacían estudiar en la escuela, ice que puertos son unas cosas qu'hace el hombre, pa que no se lleve el aire a los barcos y puán desembarcase las cosas y las presonas?... pus, por qué no hacen aquí cosas de esas... es como si tu, cuando hace cierto no pudiás entrar en un campo tuyo.

—Esto no es nuestro, maño.

—¡Otra! pos ¿de quién es? ¿a que va a resultar qu' aemos castañas pa qu'otro se las coma?

—Tanto como eso... pero, me paice a mi que tan y mientras que ese tío de la Krin no quiera, no habrá aquí ná.

—¡Digo!.. no le das tu poca elevancia a ese gachó.

—Como que tié mas pesetas qu'el deputao de mi pueblo... y... fijate de paso, que dende que le dieron toos aquellos sacos de duros, mos deja mirar las casas a onde él vive, de lejos... tanto qu'ician que s'iba a hacer u no... ¡mas feliz!...

—Y que lo digas.

—No se yo por que no himos d'hacer lo que han hació los franceses con los alemanes... ¿no quíes pagar?... pos me meto en tu casa y de tu des-pensa comeré y... tan campantes...

--Pero oye, aquí no es igual.

—Mas que mejor... encima que venimos a enseñales como han de vevir, les hacemos regalicos y... vaya que no lo entiendo... a mi nunca m'ha regalao naa el maestro... yo si que...

—Pué que tengas razón, mira... agora caigo en que leí el otro día en un papel, que al general paisano que va a venir, le han icido los que mandan, que se entere de too lo qu'hacen los franceses y les pregunte lo que estará mejor y lo que no debemos hacer...

—Oye, pero eso no es hacer como ellos... es que...

—No seas alparcero que tu enseguida te vas por uvas.

—Es que el no tener comprenencia... pasa, como decía una vez uno de mi pueblo, cuando le vieron con una capa mú maja—¡ridiez! por que sabeis que yo no tengo perras y se l'habéis visto al señor Ulogio y han dicho que se l'ha perdío la capa, ya creéis que se l'hi robau... ¡es que sois maliciosos de verdá!

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE

❖ CURIOSIDADES ❖

De un estudio del Departamento del Trabajo de los Estados Unidos sobre la fabricación mecánica del calzado, tomamos los datos siguientes: examinados 100 pares de borceguíes, clavados, de clase barata, resulta que, fabricado a mano, el calzado sufre 83 operaciones, realizadas por dos hombres; hecho a máquina, 122, que requieren 113 obreros; el tiempo empleado en la fabricación manual es de mil cuatrocientas horas cuarenta minutos, y en la mecánica, ciento cuarenta y tres horas cuatro minutos. En el primer caso, resulta el par a 20 pesetas; en el segundo, a dos pesetas.

En las fábricas de calzado del Estado de Massachusetts, situadas principalmente en las ciudades de Boston, Brockton y Beverley, todas las operaciones se hacen mecánicamente, y la subdivisión del trabajo se ha llevado al extremo. Esta circuns-

tancia, y la especialización de cada una de ellas en una sola clase de obra, por ejemplo, calzado de lujo para señora, botas para obreros o zapatos para niños, permite producir muchos millones de pares anuales, habiendo llegado algunas de aquellas fábricas a construir un par de botas en diez y siete minutos, a expedir diariamente 7.500 pares, y a exportar anualmente por valor de 735 millones de pesetas.

Todo se hace a máquina: desde el corte de las piezas, hasta el clavado y el pulimento de las suelas con esmeril, y cada máquina no efectúa más que una operación. Todos los obreros trabajan con la mayor rapidez posible, atentos sólo a su máquina, vigilados por contra maestres, encargados de comprobar la calidad del trabajo y de apresurar la rapidez del mismo.



LOS OCIOS DE ENRIQUETA

I

Rosario odiaba cordialmente a su vecina Enriqueta. Estos odios de vecindad son muy frecuentes sin duda por aquello que dice el refrán: ¿quién es tu hermano? el vecino más cercano.

Pero en el odio de Rosario había otras fundamentales razones: era una de ellas, la extraordinaria hermosura de Enriqueta y la circunstancia de ser Rosario casada. Toda mujer casada ve al través de la belleza de otra mujer su presunto enemigo y como a tal la odia y la teme; es un sentimiento instintivo, como cuando vamos en la plataforma de un tranvía y nos abrochamos la americana si entrevernos la proximidad de cualquier edil de cualquier municipio.

La segunda razón del odio de Rosario era que Enriqueta se complacía todas las semanas en estropearle las ropas recién lavadas a Rosario. La escena sucedía de la siguiente manera: apenas había tendido los blancos lienzos la criada de Rosario, la criada de Enriqueta—que ocupaba el piso inmediatamente superior—tendía paños y lienzos de color. La tragedia no se hacía esperar; densas gotas azules, encarnadas, amarillas y verdes eran otros tantos chirguetes que mancillaban la nivea pureza de la ropa tendida abajo.

Aquellas manchas no caían sobre las sábanas, camisas y toallas de Rosario; caían sobre su corazón, porque Rosario era extremadamente hacendosa y extremadamente pulcra.

El primer día que sucedió el estropicio comenzó la ruptura de hostilidades.

Rosario nombró en el acto plenipotenciario a su doméstica—que estaba mucho más indignada que su ama—¡claro! ¡cómo que era ella la que tenía que volver a lavar la ropa! aunque en el fondo le com-

pensaba el trabajo, la satisfacción de ver rabiarse a su señora.

Decimos pues, que, en su calidad de embajadora y con instrucciones severísimas subió la fregona a parlamentar con la señora del piso segundo.

Lo que pasó en la conferencia permanece en el misterio; sabido es que los *pour-parlers* diplomáticos son secretos. Además, sería una aventurada pretensión averiguar lo que le dicen o lo que dice una criada: ¡Que sí sí! ¡Que si no! ¡Que si patatín! ¡Que si patatán...! Resultado que a la semana siguiente y todas las semanas posteriores la blanca ropa de Rosario salía de tal forma de la faena que aquello no se sabía a punto fijo, si era una sábana, una pintura de Anglada o una fantasía cubista.

Había llegado el *casus belli*. ¿Pero cómo? Rosario era una señora y aquella vecinita usaba unas blusas tan llamativas y unos escotes tan pronunciados y una cantidad tal de oxígeno en la abundosa cabellera que Rosario no se atrevía a entablar el cuerpo a cuerpo.

Una idea salvadora se le ocurrió. Poner en antecedentes a su marido de lo que pasaba; hacerle intervenir en la contienda y que defendiera los fueros del hogar, los derechos de su consorte y la blancura de la ropa, pero Rosario—mujer inteligente—cayó en seguida de su idea genial. ¿Cómo iba su marido, tan correcto, tan moderado, tan buen esposo a tratar con aquella sujeta que parecía tener unas despachaderas de primer orden y que por añadidura era guapísima...? No, no y no. Aquello no era propio de hombres y menos de su marido. Se lo diría, sí; ella no debía ocultarle la faenita de la vecina para que viera lo que eran mujeres descaradas; pero prohibiéndole terminantemente intervenir en nada. Se bastaría sola.

Recurrió al portero; recurrió al administrador;

pero en vano. Todos les dijeron lo mismo: en los cánones caseriles no había nada legislado sobre el color de la ropa que se podía tender.

II

Luis Periquete, el marido de Rosario, era hombre formal y un cumplido caballero. Esposo excelente y considerando que su esposa reunía condiciones tales para ser el *non plus ultra* de las mujeres casadas, la adoraba; pero si en la escalera se encontraba con la vecina además de saludarla correctamente procuraba mirar de rabillo y si era la vecina la que subía y él el que bajaba no podía menos de elevar los ojos a lo alto, no sabemos si para alabar al criador que tales cosas había puesto en el mundo o para mirar las pantorrillas de la vecina.

III

Un día—todas las cosas ocurren en un día—iba Luis muy enfrascado en el tranvía leyendo el periódico. De pronto se sintió suave y ligeramente empujado por una dama que reclamaba la parte de asiento que por clasificación, en el tranvía le correspondiera. Aquella dama era Enriqueta.

Luis al reconocerla se llevó la mano al sombrero y se redujo en su sitio y aun tuvo que ceder parte de su asiento a la exuberante y fragante vecina para que cumplidamente cupiera.

Enriqueta dirigiéndose a él exclamó con una encantadora naturalidad y como si le hubiera tratado toda su vida:

—Hombre ¡qué casualidad! ¡usted aquí!

—Sí; ¡qué casualidad! ¡Yo aquí! repitió él poniendo una cara de estuporación y de imbecilidad perfectamente definitiva.

—¿Y su señora, cómo está?

—¡Mi señora! ¡ah! muy bien; muchas gracias.

—Si viera usted cuanto he sentido lo que ha pasado con la ropa. ¡Con lo simpáticos que me son ustedes!

—¡Ah! ¿Sí? Muchas gracias—y Luis se puso algo fosco. Aquella sujeta le estaba tomando el pelo.

—Calcule usted si lo sentiría—continuó ella—que estuve a punto de bajar y darles mis excusas a su señora; pero no me atreví. ¡Usted sabe lo furiosa que se pone! ¡Me dió miedo!

—¿Y no hubiera sido más conciliador, señora, que hubiera usted dejado de tender ropa de color sobre la blanca?

—Indudablemente hubiera sido lo más conciliador y habla usted como un libro; pero hijo fué cuestión de amor propio y ya sabe usted lo que somos las mujeres en estas cuestiones.

—Pues es muy sensible—exclamó Luis en un tono que claramente daba a entender que no quería hablar más.

—¿Siente usted mucho lo que pasa?—preguntó ella insinuante.

—¡Usted calcule!

—¿Ama usted mucho a su señora?

—¡Qué pregunta! ¡Cómo no voy a amarla!

—¡Qué suerte tienen algunas mujeres! exclamó ella. ¡Diablo! Aquello se ponía feo. Luis comenzó a perder la cabeza; por lo pronto se le olvidó bajar en la Puerta del Sol y continuó en el tranvía que era Hipódromo-Bombilla. Era una aventura insólita la que le sucedía y lo que no cabía duda es que la vecina, la sugestiva vecina se le venía a las manos. Si fuera una burla lo que pretendía aquella



Tu esposo te engaña. Si quieres convencerte...

IV

sujeta era cosa el seguirle la broma [ya lo creo que era cosa...! Y si la tal vecina se había encaprichado... El hombre es un animal presuntuoso y Luis en un movimiento decisivo plegó el A B C con el mismo gesto con que Hernán Cortés quemó sus naves y César debió pasar el Rubicón.

Comenzó una charla animada, incitante, ardorosa y la feliz pareja aterrizando en la Bombilla se internó por una de las más recónditas y solitarias avenidas.

De aquella entrevista surgió una cita en toda regla para el día siguiente; en los «Burgaleses» a las seis de la tarde. La hora de los maridos formales.

Por la mañana, apenas había salido Luis para sus cotidianos quehaceres, henchido de ilusiones por la buena aventura que la suerte le deparaba para aquella misma tarde, recibió Rosario un continental y firmado por «una amiga» la siguiente misiva:

«Tu esposo te engaña. Si quieres convencerte esta tarde a las seis, en los Burgaleses, le hallarás con otra.

ANTONIO DE GOLLURI

ANCIANIDAD DE LOS ANTIDILUVIANOS

Hay muchas personas que al oír cosas extraordinarias inmediatamente las consideran fabulosas, porque no pueden o no están dispuestos a entrar en un exámen minucioso e imparcial. La larga edad a que llegaron algunos de los primeros patriarcas como Adán, Matusalén, Noé y otros, aunque no tuvieran para nosotros la fuerza de la revelación, podría hallarse no sólo probable, sino natural si se atendiese a las circunstancias del tiempo, personas y costumbres. Si el mundo comenzó a poblarse por una sola pareja, era necesario que los primeros hombres estuviesen dotados de una vida larga para multiplicar su especie al número inmenso en que se hallaba al tiempo del Diluvio, 1.500 años después de la creación del mundo. La naturaleza humana era sin duda más sana al principio, porque todas las enfermedades han sido reproducidas después por irregularidades en la vida, de modo que los antiguos morirían sólo de decadencia extremadamente lenta en su progreso: el alimento que usaban era más adaptable para la continuación de la vida, más simple y más regular: estas y otras muchas razones demuestran que la ancianidad de los antidiluvianos, lejos de ser improbable, está fundada en razón.

El historiador Josefo, que escribió en tiempo del emperador Tito, cita prolijamente los autores más antiguos de que había noticia, conviniendo todos en que los primeros patriarcas vivían por siete, ocho, nueve y aun diez siglos. O esta noticia era una tradición general entre los egipcios, persas, fenicios y otras naciones antiquísimas, o sólo la habían obtenido de los libros de Moisés: si lo primero, debía haber fundamentos para haber pasado a tantas naciones distintas, y si lo segundo es prueba de que los libros de Moisés existían antes que todos

ellos, y que contenían la misma sustancia y aun palabras en que están ahora escritos, prueba de su autenticidad y autoridad.

Por otra parte se debe observar que no porque se mencione en la Sagrada Escritura que Adán y Matusalén vivieron 900 años, se ha de inferir que todos los habitantes de aquel tiempo tenían una vida tan larga, pues la mayor parte morirían de 200 a 300 años, así como no se puede decir que ahora viven todos cien años, porque mueren muchos de esta y aun mayor edad. Después del Diluvio la vida humana quedó más limitada, porque a excepción de Sem no parece que vivió alguno más de 300 años. La opinión de que los años de los antidiluvianos no eran como los nuestros, es de muy poca consideración, porque si los años antiguos no eran solares, serían precisamente lunares, y la diferencia de diez días menos en cada año apenas reduciría de 25 años toda la edad dada a Matusalén. Pensar por otra parte que cada año de los patriarcas era sólo una luna, sería un error tan grosero que causaría vergüenza hasta el decirlo, pues entonces sería preciso suponer que Enoc no tenía más de cinco años cuando engendró a Matusalén, y que otros fueron padres a los cuatro y aún a los tres años de edad.

Hace poco más de dos siglos murió en Londres Tomás Cam, de edad de 207 años. Este caso está autenticado en el registro de entierros de la parroquia de San Leonardo Shoreditch. En los últimos años del pasado siglo murió en Polonia un pastor a la edad de 169 años, y en 1780 murió en Sud América Luisa Truxo de edad de 175, y según una lista publicada recientemente el número de personas que murieron en Inglaterra de 130 a 160 años en el siglo pasado pasan de 40.



LEYENDA CABALLERESCA

AL VOLVER DE LA CONTIENDA

Poesía premiada en los III Juegos Florales de Manises.

En la noche feliz y tranquila
en la noche de un día otoñal,
caminaban los tercios guerreros
con su porte gentil y marcial.

Alumbraba el nocturno, la luna,
que fulgía en el rico trigal
y encendía la bella amapola
que entre el trigo solía brotar.

Relinchaban los nobles corceles;
los soldados cantaban su mal;
las espuelas brillaban fulgentes
y chocaban con son musical.

Caminaba el soldado del tercio
admirando el hispano solar,
la grandeza reciente de España,
la riqueza del pueblo natal.

Oro y sangre se lleva en el traje;
oro y plata en la espada, el puñal,
y de seda una capa plegada
recubriendo al velóz alazán.

Y los tercios, cruzando las tierras
más castizas de España, se van...
Van cantando y riendo... ¡gozosos!
¡Van seguros de que han de triunfar!

Un soldado robusto del tercio,

el simpático y joven Marcial,
va pensando en la esposa querida,
que rezando quedó en el hogar;
va pensando en los hijos traviesos
que ha dejado, muy tristes allá;
en la madre, en los suyos y en todos
los que allí se pudieron quedar...

Pero marcha a la guerra, y es norma
del valiente guerrero, cantar,
y él entona mil cantos de España,
aunque llore su pena a la par.

Con destreza maneja el caballo,
y a los suyos anima además,
sin pensar que quizás en la guerra
frente a frente a la Muerte ha de hallar.

El camino es cual nube de polvo
que levanta el corcel al trotar...

Al llegar a una aldea, desmontan
y deciden allí descansar.

Ante un jarro de vino, discuten
las victorias que España tendrá;
unos charlan, y beben, y rien...
otros duermen cansados... ¡los más!

Y Marcial, el robusto soldado
que no cesa de ver y observar,
ve en la mesa vecina, llorando
a Don Pedro su buen capitán.

—Capitán de los tercios, ¿qué os pasa?
¿Qué os ocurre? ¿Por qué así lloráis?

—¡Ay, Marcial; lloro así porque a solas a mi madre dejé en el lugar!

—¿Y por eso lloráis vos, Don Pedro?

¿Y por eso lloráis, capitán?

¡Yo también he dejado a los míos tan a solas y tristes allá...!

—¡Pero escucha; los tuyos te vieron al decirles adiós al marchar, y los tuyos al irte lloraban, y sus ojos veían, ¿verdad?

Pues mi madre lloraba sin verme y besaba sin verme al besar, y al decirme el «adiós» con un beso me cogió los dos brazos al par.

—¡Qué estos brazos tan llenos de vida que me abrazan al ir a luchar, no desmayen, ni tiemblen, ni cansen hasta el triunfo completo lograr!

—¿Está ciega la vieja, Don Pedro?

Ya comprendo lo triste del mal...

¡Si de oíros tan sólo, sollozo...!

¡Capitán de los tercios, llorad...!

II

Los clarines anuncian combate, y al combate va el tercio genial, escuchando las bellas palabras que pronuncia su gran Capitán:

—¡Oh, soldados del tercio de España, vamos presto siendo a luchar, no penséis en los vuestros, amigos; en los triunfos gloriosos pensad!

Y escuchando la voz de su jefe el soldado del tercio, Marcial, no quería pensar en los suyos, pero sí en la ceguera fatal que tenía la madre del genio, del bizarro y leal militar...

¡Y pensando, lloraba y lloraba la desgracia del buen capitán...!

Ha venido la calma implorada, y la Muerte dejó de matar; ruda ha sido la lucha guerrera, pero al fin ha llegado la paz.

En un lecho solloza Don Pedro, sin consuelo a su pena encontrar; yace allí sin los brazos..., ¡los brazos que supieron el triunfo lograr!

El robusto soldado del tercio,

junto al lecho de aquel hospital, tras un rezo, una lágrima vierte; tras un lloro, se pone a rezar.

Y al llegar un primate, y riendo dirigirse a los dos;—¡Y pensar que así lloran, Señor, los valientes...! Los cobardes, entonces, ¿qué harán? le responde Marcial dolorido;

—Los cobardes cual vos, insultar.

—¿Creéis, necio, que acaso se llora por el daño cruel material?

¿Porque un hombre ha perdido los brazos y ha llegado en la guerra a triunfar?

¿Porque espada guerrera y valiente ha perdido su guía genial?

¿Porque el tercio, en la lucha, ha quedado sin su noble y leal capitán?

¿Creéis llora por eso mi jefe

y por eso solloza Marcial?

Pues tener entendido «valiente»,

que aunque el caso merece llorar,

no se llora por eso; lloramos

por la madre que espera en su hogar

al valiente soldado, a su hijo;

por la ciega, la vieja de allá,

que ya espera impaciente los brazos,

—¡sin pensar que perdidos están!—

para, unida por ellos al hijo,

ambos juntos reir y gozar.

Y al mirar el soldado del tercio

que el primate llorando se va,

entre lloros, irónico, dice:

—¡Ay, amigo, mi amigo, y pensar

que así lloran, Señor, los valientes!

Los cobardes, entonces, ¿qué harán?

III

De retorno llegaron los tercios; de retorno llegó el buen Marcial, auxiliando con toda su alma al bizarro y genial capitán.

—Da dos golpes, amigo—le dice al llegar al palacio natal.

—Da dos golpes, y luego tres, cuatro; en repique gozoso darás.

Y Marcial, cual le dice su jefe,

llama triste en el regio portal,

y una voz de mujer lanza un grito...

—¡Es mi hijo! ¡Sí! ¡Sí! ¡Capitán...!

Es la madre que al hijo conoce;



es la ciega que oyó la señal;
el valiente guerrero, al mirarla,
por lo bajo le dice a Marcial:

—Sí; tus brazos, por tras de mi cuerpo,
a mi madre querida darás.

Y al llegar y abrazar a su madre
ella dijo, contenta y locuaz:

—Hijo mío, ¡qué grueso te has puesto!

¿En la guerra has podido engordar?

¡Quién pudiera ahora verte, hijo mío!

¿No me vuelves, chiquillo, a besar?

¡Un abrazo! ¿Qué lloras, tunante?

¡Llorar, nunca debió un capitán!

—Si no llora, señora.

—¿Quién habla?

—Un soldado del tercio: Marcial.

—¿Es valiente mi hijo?

—Señora,

Es valiente, y bizarro, y frugal,
y español más que nadie en el mundo,
y más bueno, señora, que el pan.

—Id a casa—le dice la ciega—
para a todos los tuyos besar.

Irá luego.

—Que vaya—repite—
que es su puesto y en él debe estar.

Y el robusto soldado del tercio
a la vieja dejó de abrazar,
y salió de la casa llorando
la desgracia de aquel militar.

—¿Qué no quiere abrazar a su madre
el valiente que supo triunfar?

¿Qué no quiere que bese sus manos?

¿Qué no quiere su espada besar?

¡Ay, Señor! ¡Se ha caído la espada!

—Hijo mío, ¿la ves? ¡Cógela...!

Y el valiente guerrero, en la boca
a su madre la espada le da.

—¿Me la das con la boca? ¿Eso es sangre?
Y tus brazos guerreros, ¿dónde están?

—Se quedaron en tierra enemiga,
mi señora—replica Marcial,
que ha llegado—para que se enteren
que allí estuvo y triunfó un militar,
Y cogiendo la espada la ciega,
fué diciendo y llorando a la par:

—No tendrás quien te esgrima con celo;
quien te sepa guiar no tendrás;
como yo no tendrás quien te cuide;
como yo no tendrás capitán.

—No penséis ni lloréis, mis amigos,
que prometo que os he de cuidar;
a la dama por todos sus años,
y sus ojos, que muertos están;
al Señor, por valiente y guerrero
y simpático, y bueno, y genial;
y a la espada, porque es refulgente
la Gran Cruz que ganó el militar.

IV

En la noche feliz y tranquila,
en la noche de un día otoñal,
los amigos, besando la espada,
recordaron su buena amistad.

—Capitán de los tercios, ¿qué os pasa?
¿Qué os ocurre? ¿Porque así lloráis?

—¡Ay, Marcial! lloro así porque a solas
a mi madre dejé en el lugar...!

Y al mirar a la vieja, que duerme
van los años en su frente a besar...

—Hijos míos, besemos la espada...

...Y la espada comienza a brillar
al reflejo gentil de la luna
que a los cuatro brindó su besar.

MANUEL DE TUDELA

INFORMACIONES CURIOSAS

□ □ □

EN BUSCA DE TUMBAS :: MILENARIAS ::

Las excavaciones arqueológicas presentan un lado atrayente y misterioso que excita la curiosidad. Pocas personas de las que visiten nuestro Museo Arqueológico, donde tantos preciosos documentos se conservan, que patentizan la historia de las civilizaciones, dejarán de hacerse esta pregunta: ¿Cómo se realizan las excavaciones?

Los métodos son complejos, y varían según los lugares. Hay, sin embargo, reglas fundamentales que hacen que un arqueólogo experimentado, después de corta preparación, pueda entregarse a la investigación con fruto, sea el que sea el país en que la ejecute.

Las condiciones de exploración son las mismas, trátese de la Palestina, la Siria, Mesopotamia, Egipto o Persia.

Elijamos Egipto, que nos es más familiar, y veamos cómo se trabaja.

Identificación del lugar.

Ordinariamente es cosa fácil la identificación de un sitio antiguo. La configuración del terreno, su situación topográfica y los resíduos que se pueden coger a flor de tierra, constituyen un conjunto de indicios que dan ocasión a determinar a primera vista la naturaleza del terreno: ciudad, templo o necrópolis. Las necrópolis deben buscarse principalmente en la orilla izquierda del Nilo, en la cadena libica o en la faja de terreno desierto que la separa de las tierras cultivadas. El emplazamiento de las ciudades y de los templos está señalado por enormes hitos, llamados *Koms*, cuyo sombrío color los destaca de la planicie que los rodea y de las eminencias naturales. Su extensión es a veces de varias docenas de hectáreas.

La historia, las tradiciones locales y la proximidad de alguna aglomeración moderna, llevan a veces el nombre apenas desfigurado de la ciudad que perpetúan, fijan al explorador sus ideas acerca de la importancia de las ruinas que se propone identificar. La epigrafía también le presta ayuda.



Busto que se atribuye al rey Tutankamen y que ha sido encontrado en su tumba.

Algunos geroglíficos descifrados en fragmentos de piedras obtenidas en un sondeaje preliminar, acaso también le presten indicaciones de lo que busca.

Mariette se puso sobre la pista del Serapeum de Menfis por la simple reminiscencia de una lectura. Hallándose en la necrópolis de Saggarah, percibió una esfinge medio enterrada en la arena; recordó un pasaje de Strabon en el que refería este autor que cuando visitó el templo de Serapis vió esfinges enterradas, unas hasta medio cuerpo y otras hasta la cabeza. Impresionado por esta coincidencia, relacionándola con otros hechos, mandó abrir una trinchera, viendo cómo se señalaba una calle de esfinges enterradas bajo las dunas hasta una profundidad de veinte metros, la cual debía conducirle, después de meses de un trabajo árduo, al santuario de Serapis y a la tumba del toro sagrado de Menfis.

Pero por cuidado que se ponga, no es siempre propicia la fortuna; pues ciudades, templos y necrópolis han sido saqueadas en el curso de las invasiones y destrozadas en los estremecimientos sociales. Su riqueza real o supuesta, en todo tiempo excitó la codicia de los indígenas, que arrebataron lo que la edad y las catástrofes respetaron.

En general, así en Egipto como en todo el Oriente, la mano de obra es barata y de un rendimiento mediocre, pues se utilizan campesinos, hombres y

niños (nunca mujeres), que se buscan en los alrededores.

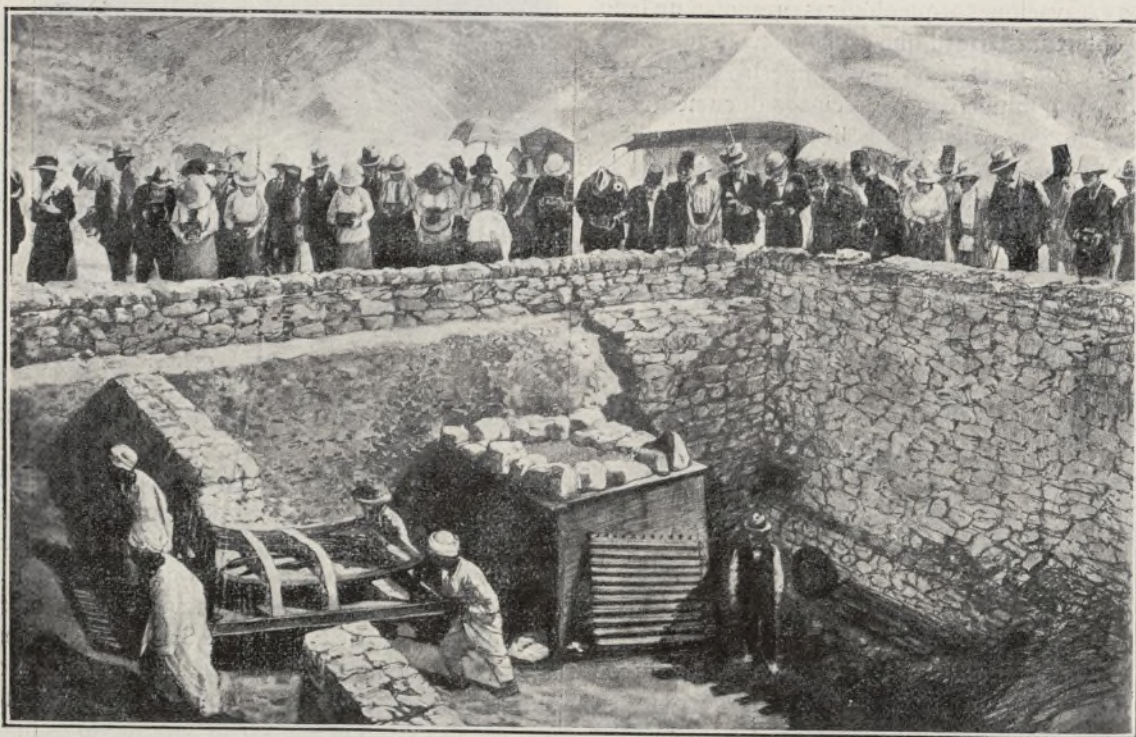
Estos obreros se dedican al descombramiento, divididos por equipos y vigilados por un capataz, que cuida principalmente de que no hagan ningún destrozo.

Aunque se trabaja de sol a sol, siempre se avanza con lentitud, por lo primitivo de los medios con que se cuenta y por la pereza innata del personal.

El sobrestante, armado con un látigo o con una vara, se agita, vocifera, anima a unos, amenaza a

han hecho para introducirlos han fracasado por completo. El terraplenero trabaja con una especie de piocha ancha, que la denominan *turia* o *fao*, bastante parecida a nuestro azadón y no muy diferente de la piocha egipcia antigua. Le sirve para abrir las trincheras, para apisonar la tierra y hasta para cargar las banastas de los acarreadores, a menos que no juzgue más expeditivo llenarlas con las manos.

Todas las maniobras de fuerza se hacen a brazo o con el mínimo de aparatos.



El descubrimiento de la tumba del rey faraónico ha llevado a Egipto a multitud de turistas, que presencian alborozados la extracción de los tesoros milenarios.

otros, guardándose de hacerlo. Por otra parte los estimula con promesas de gran recompensa. Pero todo ello es ruido sin eco.

A veces, para secundar estos esfuerzos, suele elegirse un chico de buena y agradable voz, que con el ritmo de sus cantos pueriles, seguidos en coro, despierte en lo posible la energía tan fácilmente perdida en sus compañeros.

La herramienta y el material.

El material es sencillísimo. Salvo alguna máquina moderna a cargo de obreros especializados, el instrumental es poco diferente del de los tiempos faraónicos. El pico, la pala y la carretilla son desconocidos; los tímidos ensayos que últimamente se

Todos los obreros, armados con su piocha o canasto, constituyen el medio de excavación; no llevan ordinariamente consigo más que algunas cuerdas, tablones, palancas y una o dos poleas: justamente lo preciso para instalar en alguna ocasión una cabria.

Las razones de orden práctico que constriñen a reducir cuanto se pueda el peso de los bagajes que se lleven, son en los países de Oriente la escasez de vías de comunicación, que, además de raras, son detestables, y el camello es el único medio de transporte con que se cuenta.

Algunas de estas obras, emprendidas en grande escala por el gobierno egipcio o por corporaciones científicas extranjeras para la exploración de tén-plos o de grandes necrópolis, necesitan evacuar a

gran distancia enormes cantidades de tierra o arena, y hay que utilizar vías férreas.

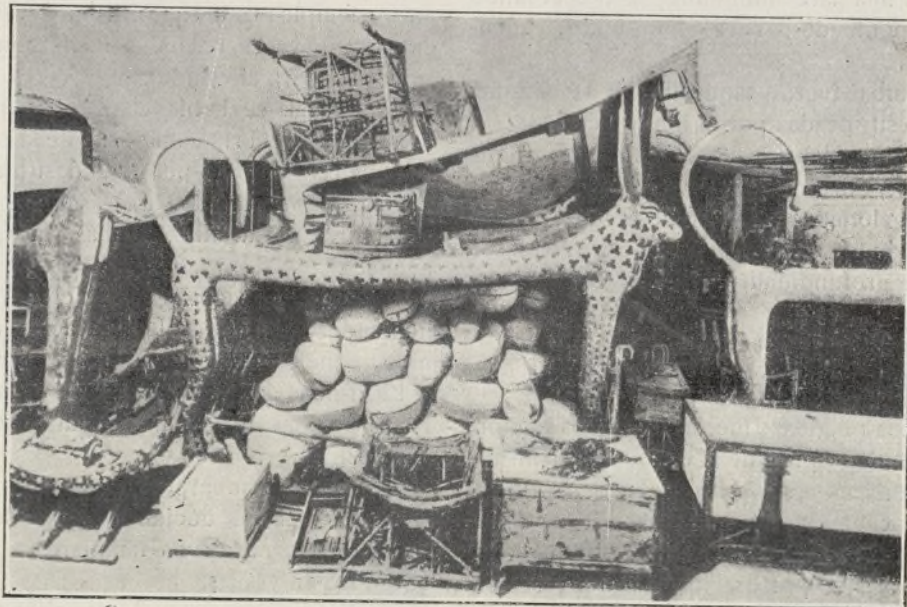
Estas exploraciones duran muchos años.

Se trabaja sin cesar desde 1894 en el templo de Karnac y desde 1905 en la necrópolis de Saggarah.

Pero estas empresas se salen del cuadro ordinario, porque comprenden el descubrimiento, la consolidación y la restauración de los monumentos.

Las excavaciones en las necrópolis son las más frecuentes y las más productivas, pero demandan una preparación muy completa en el que las acomete. Las tumbas varían de tipo según la época y el lugar. Hay que conocerlas, al menos en teoría, si

cámaras interiores. Habrá entonces que sondear la plataforma superior en sus extremidades, a fin de descubrir el orificio del pozo o de los dos pozos que, a través del edificio, daban acceso a la cueva sepulcral. Están cubiertos por grandes losas que habrá que romper; pero queda que hacer lo más duro. Después de colocada la momia en su sitio, el pozo lo llenaron de arena cal y guijarros, no siendo tarea fácil abrirse paso a través de esta argamasa, que alcanza a veces hasta veinte metros. Los escombros se sacan con canastos izados con una cuerda; y como no se pueden poner más de dos hombres en un pozo a trabajar transcurren varias semanas antes que se llegue al fondo. Encuentran-



La tumba del faraón presenta a los ojos de los primeros visitantes el extraño aspecto de que puede darnos idea esta fotografía. Junto al lecho, con cabezas de grifon, véanse amontonados alimentos fósiles y objetos que pertenecieron al monarca egipcio.

no se quiere perder tiempo y obtener resultados incompletos.

Sirvanos de ejemplo un *mastaba* de la gran necrópolis menfita. Este género de tumbas, propias del antiguo imperio (3.000 años antes de Jesucristo) y por lo tanto contemporáneas de las pirámides; tienen aspecto de pirámide truncada, construida en piedra tallada o con briquetas de tierra cruda.

Alcanza a veces una de estas tumbas cincuenta metros de longitud por ocho o diez de altura.

Para atacarla se abre una trinchera en una de sus caras, comenzando por el Sur, que es más fácil encontrar la entrada, porque excepcionalmente la tienen al Norte; pero nunca al Oeste. Si en lugar de la puerta se encuentra una especie de nicho, es inútil ir más adelante; se trata de una tumba del primer período, y la mampostería es maciza, sin

se bloques empotrados que detienen la marcha de los trabajos y los hacen peligrosos; pero al fin tropiezan los obreros con los morrillos que defienden la entrada de la cámara, siendo ese el momento de intervenir.

Entonces desciende el explorador, para proceder a las comprobaciones y a las observaciones necesarias.

El descenso es un tanto emocionante, sobre todo si el explorador es novicio. Baja enlazado en una cuerda, y al llegar abajo unos golpes de piocha ponen al descubierto la cámara, estrecha y baja, sin ornamentos ninguno; encerrado en el muro hay un sarcófago de madera, cerca del cual surgen los restos de ofrendas alimenticias y algunos vasos de piedra o de tierra cocida, último mobiliario del difunto.

En el alto Egipto, las tumbas de personajes, a partir del imperio medio, o sea 2.000 años antes de Jesucristo, se practicaban en el seno de las montañas, extendiéndose en largas filas a lo largo de las mismas, cubriéndolas una espesa capa de arena.

Componíanse de una cámara ornamentada por pilastras o columnas, precedida de un corredor ancho, en el que había que buscar el pozo funerario cuando no se hallaba en la cámara misma.

Cada tipo de tumbas tienen una característica que informa el método de excavación.

Las recientes excavaciones realizadas en el Valle de los Reyes, renuevan la atención hacia estos trabajos, que a veces duran meses y años sin encontrar nada. Es una tarea monótona ir descarnando la montaña, poniendo la roca al desnudo, sin encontrar nada.

Muchas tumbas fueron saqueadas en la antigüedad y otras estropeadas por la ignorancia.

La de la reina Hatshopsiton es la más grande que se conoce; duró más de un año su descombramiento. Las galerías tienen un desarrollo de 213 metros, formando un arco de círculo y situadas a 97 metros de profundidad, por bajo del nivel de la puerta.

Templos debajo de las ciudades.

Los edificios religiosos fueron invadidos siempre inmediatamente después de la caída del paganismo, y reconstruidos sin cesar sobre sus mismas ruinas.

Las casas acabaron por tender hacia las colinas... A fines del siglo XVIII, en el templo de Edfos no se podía penetrar sino por brechas practicadas en sus terrazas.

Se había desarrollado una verdadera ciudad sobre el templo de Medinet Habou en Tebas; erigióse una mezquita sobre una de las alas del templo de Luxor.

Había, pues, que remover muchos millares de metros cúbicos de escombros y tierras para llegar a los monumentos buscados, los cuales, bajo el peso de esas construcciones parásitas, perdían las condiciones de estabilidad, y al excavar había necesidad de entibarlos cuidadosamente.

La restauración de la gran sala hipostila del templo de Amou, una de las maravillas de Egipto, en Karnak, se hizo sirviéndose de los mismos procedimientos aplicados mil quinientos años antes.

La mayoría de las columnas amenazaban ruina:

unas inclinadas de manera inquietante, otras materialmente colgadas, porque los cimientos, corroídos por el salitre y por la acción del tiempo, vacilaban bajo el peso enorme a que las habían sometido.

Hubo que rellenar de tierra hasta la altura del arquitrave, impidiendo así la caída de las columnas y procediéndose al calzamiento y seguridad convenientes, no registrándose ningún accidente, a pesar de que se operaba con bloques de cinco a diez toneladas.

Sorpresas y encuentros curiosos.

Uno de los aspectos curiosos de las excavaciones en los templos es la exploración del subsuelo, que encierra a veces restos de los monumentos más preciosos para el estudio.

En Karnak se había echado escombros sobre una losa que cubría el depósito de los ex votos, que la regla religiosa no permitía destruir y los enterraban. Más de 800 estatuillas, intactas unas y rotas otras, fueron extraídas; además varios millares de bronce.

Todo ello se sacó de entre el barro y el agua, habiéndose convertido la excavación en una laguna, aunque se hacía funcionar una bomba.

Las ruinas de ciudades han sido muy descuidadas, y muchas de ellas fueron destruidas por los campesinos.

Merecen, sin embargo, ser atendidas, porque contienen riqueza de documentos escritos, piezas administrativas y archivos familiares, que suelen encontrarse en vasijas.

El método más racional para estas exploraciones es el de descombrar por etapas de edades; así se pueden levantar planos y recoger objetos en el propio lugar que les correspondió.

Los indígenas egipcios se meten en los intrincados vericuetos de las ruinas, conociéndolos todos y despreciando leyes y reglamentos, porque ellos consideran bienes propios todo aquello.

La famosa cueva real de Dur-el-Bahari fué descubierta por los indígenas, teniéndose la sorpresa de encontrar en una suprema asamblea a todos los faraones de Nuevo Imperio que reinaron en Tebas.

Cuando alguno encuentra objetos de más o menos valor, como no puede ocultarlo, se divulga y el gobierno egipcio se los confisca.

EL ADIOS A EUROPA DE LAS TROPAS AMERICANAS



He aquí una fotografía curiosa y de palpitante actualidad. El último toque de corneta, llamando a las tropas americanas, para abandonar el suelo alemán, que los aliados como consecuencia de la gran guerra, ocuparon.

La lucha económica que sostienen Francia y Alemania, la primera para hacerse pagar las indemnizaciones de guerra y la segunda para poder llevar adelante los enormes tributos que el tratado de Versalles le impusieron, ha dado por resultado una nueva ruptura en la cual Francia queriendo hacer prevalecer sus derechos por la fuerza de las armas

ha ocupado la cuenca del Rhin. Las fuerzas americanas, como protesta a esta ocupación y en el fondo por no inmiscuirse en la política de la vieja Europa, han abandonado la zona interaliada.

La fotografía representa el momento en que un oficial acompañado de un corneta hace sonar el último toque con el cual las tropas americanas dan su adiós a la vieja Europa, campo de rencillas, en donde la estela de sangre de la gran guerra todavía empaña su cielo y las pasiones se desenvuelven en un ambiente morboso de concupiscencia.



EL VUELO A VELA



De dos modos puede mirarse la aviación: considerando el aparato grande y potente, o el de menos poder; pero en el que se desenvuelvan bien las demás cualidades.

Realmente, hay campo para ambos.

El grande, es necesario para los transportes a largas distancias, y el monoplano o biplano pequeño, para vulgarizar ese interesantísimo medio de locomoción.

De estas dos categorías de aviones, la primera existe, indudablemente, porque hacia los grandes y poderosos tendían las necesidades de la guerra, yunque inmenso en que se forjaron. Pero el desarrollo práctico de la aviación habrá de venir en sentido contrario.

Si el automóvil no hubiese podido obtenerse sino con motores de ochenta o cien caballos, no habría llegado a su estado actual. Lo que le ha hecho llegar a él han sido los cochecitos que pudieron extenderse más que los carruajes costosos y pesados.

Por analogía, la industria aeronáutica no podrá aspirar a una buena clientela particular sino el día que construya aparatos pequeños, de utilidad más general que los grandes de transporte.

Es esta una cuestión muy compleja, y antes de

pasar adelante conviene fijarse en que el vuelo sin motor no debe tomarse siempre en el sentido estricto de la palabra. Debe entenderse que el motor servirá nada más que como un recurso en casos de necesidad, haciendo, mientras se pueda, el *vuelo a vela*.

En el estado actual de la aviación, la parada del motor trae consigo el aterrizaje forzoso; por eso hay que llegar a un aparato en que el motor sea un recurso o una ayuda conveniente.

Acaso resuelva un problema la *avioneta*, consistente en un aeroplano movido únicamente por la fuerza muscular del hombre. Si así consigue volar algunas decenas de metros, al ir provista de un motor de cinco o seis caballos, franqueará distancias considerables.

Todo esto está hoy a estudio de los constructores, que ven que las grandes aves planeadoras utilizan la fuerza del viento para mantenerse en el aire y para volar.

Si hemos de demostrar que el vuelo a vela constituye el punto de partida de la aviación, nos remontaremos a varios años atrás.

Cuando aún los automóviles no nos habían mostrado el motor de explosión, ya los inventores buscaban el modo de ejecutar el vuelo a vela o sin motor.

El gran precursor Mouillard había tenido la intuición muy clara de que el avión encargaría una gran parte de su poder a un motor. Pero es incontestable que para él el motor era un órgano secundario, que se tendría como un recurso para el caso en que las circunstancias no permitieran el vuelo a vela.

Los mismos hermanos Wright, que se inspiraron en los descubrimientos de Mouillard, no colocaron un motor a bordo de su aparato más que para alcanzar más pronto un resultado tangible.

Durante varios años estudiaron los detalles de su avión, por medio de un simple planeador de la forma del Chanute, derivado del globosonda de Hargrave. Procediendo a sus ensayos de planeamiento, llegaron en poco tiempo a mejorar la forma y el perfil de sus alas, lo que les permitió aumentar poco a poco la longitud y duración de sus vuelos.

Si hubiesen continuado este camino, es posible que hubiesen llegado a dar a la aviación una orientación muy diferente de la que tiene hoy.



El nuevo avión sin motor en el momento de iniciar su vuelo, al ser lanzado al aire, mediante unas cuerdas Sandows.

Es, en efecto, notable que el último tipo Wright, construido en 1914, no presentaba cualidades aerodinámicas sensiblemente superiores a las de los primeros aparatos de 1908.

La velocidad había sido mejorada, como la estabilidad en el aire; pero este resultado no había sido obtenido más que por un acrecentamiento de la potencia motriz.

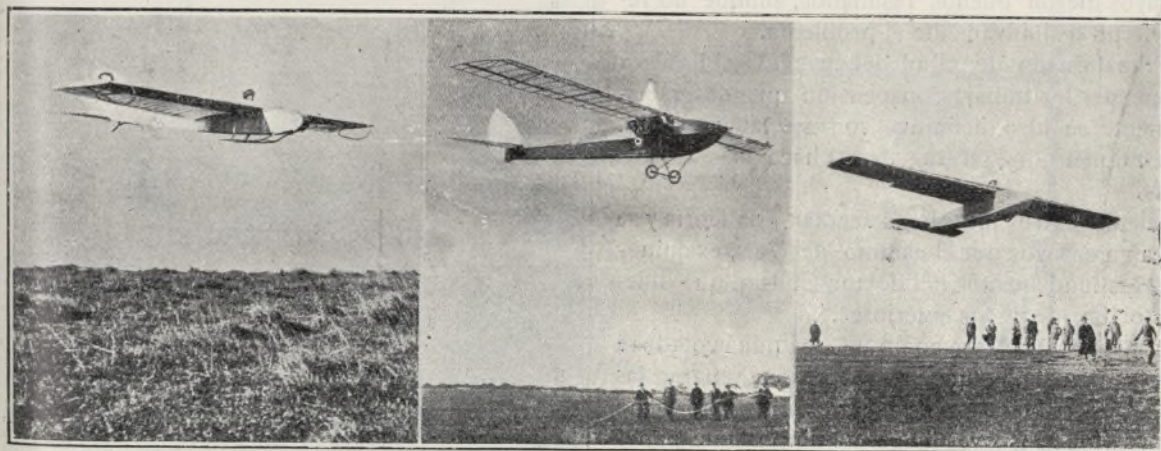
Desde el día en que se colocó un motor en el avión, los progresos fueron rápidos. Pero el vuelo a vela, que había sido, en suma, la solución a que todos tendían, fué enterrada para mucho tiempo.

La aplicación del motor] a los aviones, condujo en poco tiempo a los asombrosos resultados actua-

accidente del terreno, la presencia de un árbol o de una casa, serían muy suficientes para que un ave se pudiera elevar sin batir las alas.

Otros estiman la necesidad del viento irregular para la posible realización del vuelo a vela, con lo que sólo en determinadas ocasiones se volaría y nunca con viento regular. Los vuelos realizados por planeadores a largas distancias, se explicarían por la existencia de ráfagas sucesivas, dando lugar a un viento *regularmente irregular*, si así puede decirse.

Las teorías de Weis vienen avaladas por una larga serie de experiencias notables, coronadas por buen éxito frecuentemente. En 1908 las exponía así:



He aquí tres vuelos interesantes en que los aparatos, sin más fuerza motriz que su propio elemento, surcan los aires con pleno dominio, señalando un paso gigantesco en los progresos de la aviación.

les. Y es que el motor no es incompatible con el volar, aunque este acto sea por naturaleza función de las aves, las cuales están dotadas de órganos propulsores, que son las alas.

No se debía, por otra parte, copiar servilmente a estos animalss, como no se copió literalmente al caballo para caminar por la tierra; pues en tal caso, no tendríamos caminos de hierro ni automóviles.

Sin embargo, en aviación no debemos tampoco apartarnos en absoluto de estudiar las aves, porque la Naturaleza es la gran maestra siempre.

Realizanse muchos y dignos trabajos, destacándose el doctor Causin y José Weis, los cuales creen en el vuelo a vela, aunque basados en distintos fundamentos.

El sistema tiene, como todo lo incipiente, partidarios y detractores.

Las teorías expuestas acerca del vuelo a vela, son muy bonitas; pero no se ha podido afirmar cuáles aplican los pájaros.

Admiten unos corrientes aéreas ascendentes, sin las que este vuelo sería imposible; el más pequeño

«He aquí el modelo que he experimentado: tiene una envergadura de 3'30 metros y un peso neto de 5'5 kilogramos. Lleva un bloque de plomo de 7'50, o sea un peso total de 13; unos 7 kilogramos por metro cuadrado.

En tiempo totalmente encalmado, pero en el que la presencia de las corrientes ascendentes era casi segura, este modelo ha efectuado un vuelo muy reducido que ha durado un minuto y diez segundos, recorriendo en círculo 1.100 metros, a una altura total perdida de 32 metros. Esto es, que lanzado desde una altura, su trayectoria iba entre dos y tres grados de la horizontal. Modelos grandes, de 40 kilogramos de peso y 4 metros cuadrados de superficie, han dado resultados idénticos.

¿Qué ocurre con estos modelos? Helo aquí en dos palabras: El planeamiento de los buitres no es más que cuestión de cualidad; el peso les arrastra siguiendo la línea de menor resistencia, y la trayectoria depende enteramente del grado de perfección en la calidad de las plumas.

Si suponemos un flameador bien equilibrado, en

que la resistencia a la penetración sea igual a cero y la sustentación o resistencia a la caída aumente con la velocidad, tendremos como resultado el movimiento perpetuo en la dirección horizontal. Además, estas condiciones son precisamente las que existen en las aves, aunque no sea de una manera absoluta; y si con aparatos mecánicos se consigue la aproximación en tres grados a la horizontal, no debe extrañar que los grandes planeadores naturales (grandes aves) la alcancen con un trabajo tan leve que les facilite el vuelo por tiempo indefinido.»

Esta teoría, tomada con gran calor por Weis, la aplicó a diversos modelos, algunos grandes, cuyos ensayos dieron buenos resultados, aunque no resolvieron definitivamente el problema.

El mal estado de salud del inventor obligó a suspender los trabajos, suspensión que desgraciadamente se hizo definitiva con su fallecimiento, acaecido en Ilington (Inglaterra) hace más de dos años.

Mientras otros inventores aceptan esta teoría y se lanzan a ensayos por el camino de Weis, examinemos los fundamentos del doctor Cousin, que difieren totalmente de los anteriores.

Considera al pájaro como una máquina voladora en conjunto, en la que no se pueden separar las partes, puesto que son esenciales todas; esto es, que el cuerpo de las aves juega tan importante papel como las alas. Estas reciben o crean la fuerza del viento, canalizando el aire en cierto modo, obrando la corriente creada sobre el cuerpo, al que impulsa, estableciéndose el planeamiento, mecánica y automáticamente, por la acción del viento en las alas y la reacción en el cuerpo.

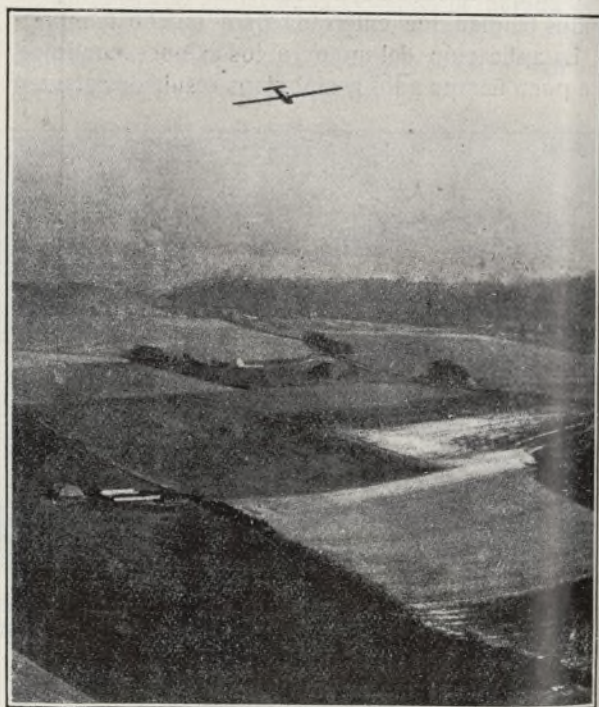
Señala Cousin un ejemplo singular, respecto del efecto de la presión ejercida a los lados de un cuerpo cónico. Dice que si se presiona con los dedos un hueso de cereza, sale disparado hacia adelante.

Esto admitido, producirá el mismo resultado la presión del aire en el cuerpo de las aves, y así tendremos la explicación de su planeamiento; por esta canalización.

El cuerpo de un ave se compone de un cono de penetración y de otro de propulsión. El primero es desde la cabeza hasta la parte más ancha del cuerpo, y el segundo desde aquí a la extremidad posterior. Aquel sirve de cortavientos al ovoide que se presenta delante, suprimiendo la resistencia a la penetración y al avance. El aire que escapa de la cabeza en el plano horizontal, viene a hacer presión sobre los costados, al nivel de la unión de ambos conos, con el aire canalizado por las alas, empu-

jando al pájaro hacia adelante, a la vez que aquel aire, procedente de la penetración actúa en sentido vertical por bajo del ave y la sustenta. Y como esta presión de abajo arriba no está equilibrada por otra superior, el cono está aplastado por encima en compensación.

En estas condiciones, la propulsión y la sustentación serán el resultado de la forma, observándose además que el ave vuela tanto más fácilmente cuanto más grande es, porque es menos densa.



A semejanza de un pájaro gigantesco el avión cruza el espacio buscando en las corrientes de aire la fuerza motriz.

Dos aparatos ha construido el doctor Cousin, cuyos ensayos no han dado el mejor resultado; pero no se arredra y está construyendo un tercero auxiliado por motor.

La dificultad de realizar el vuelo a vela, proviene principalmente del aislamiento de los que se entregan á esos ensayos. Hasta ahora, la aviación sin motor se ha contraído a ciertos industriales, pero la necesidad de ampliar su campo de acción atrae ya la atención de los grandes inventores de aeronáutica.

También la Federación Aeronáutica Internacional dedica parte de sus secciones y de su actividad a esta interesante cuestión.

El vuelo humano, propiamente dicho, no constituirá, indudablemente, la solución definitiva de la navegación aérea; pero su estudio contribuirá a precipitar el porvenir de la aviación.

HISTORIETA CÓMICA

Por R. SOLER GIL

Para poder vender el burro
un cartel encargó al soldado "Curro"



Después que lo tuvo pintado
le aconsejó el soldado



Que con un alfiler le pusiera
en la parte trasera



Y con asombro tal,
voló como es natural



R. SOLER



¿QUÉ PENSAR DEL ESPIRITISMO?



Discutir acerca de espiritismo es inútil y es peligroso. Es inútil, porque los que se dedican a evocar a los espíritus, no han de ser convencidos ni por una discusión razonada ni por pruebas, aun las más concluyentes. Los hay, que sólo el dudar de lo que ellos creen, lo toman por injuria personal; y si discuten, lo hacen apasionadamente y en tono reivindicatorio. Como los dogmas de la Iglesia Católica no admiten la comunicación con los espíritus, ahora los espiritistas tachan de clericalismo el no creer en esa su religión.

Demostraciones psíquicas.

En determinadas condiciones de luz, cuidadosamente medida y recogida y de simpatía manifiesta entre un pequeño número de elegidos admitidos a ver el fenómeno, algunos sujetos en estado de hipnotismo, más o menos veraz, tienen el poder singular de emitir de su organismo y proyectar a distancia una substancia misteriosa y ponderable (puesto que el individuo pierde peso) con un fuero-olor a ozono. Esta substancia es semejante a una tenue membrana, a una tela de araña o a una finísima muselina fosforescente, que parece condensarse en manchas blanquecinas sobre la ropa del medium, generalmente negra. Percíbense también filamentos y bandas casi membranosas de estas luminosas substancias que se va extendiendo y alejando del lugar de origen.



El espiritismo se funda con frecuencia en la persistencia de impresiones normales que aparecen como sobrenaturales. He aquí el caso de que, habiendo dejado un guante sobre la mano del sujeto, se cree dominado todavía por la fuerza que la aprisiona.

De tiempo en tiempo, cuando el medium se encuentra en comunión de simpatía con los circunstantes, suele suceder que ese ectoplasma, por una especie de condensación, adopta, bien con lentitud, bien de súbito, formas imprecisas o perfectamente dibujadas, de un dedo, de una mano o de una cara, ordinariamente de tamaño inferior al natural.

Para un espectador un poco impresionable es, sin duda, difícil permanecer indiferente y con sangre fría ante tales fosforescencias en la sombra, el olor resinoso de ozono, los cambios inesperados, los gemidos del medium llamando angustiosamente a sus seres queridos, arrodillado y con los brazos extendidos; componiendo todo esto un ambiente de milagro y de sobrenatural, que se transmite a los que lo presencian.

Hay que advertir, que la interrupción repentina de este estado, encendiendo luz, por ejemplo, para ver y conocer mejor esa sustancia, y en fin, para darse cuenta de los hechos, provoca en el medium unos gritos tan desgarradores y una exacerbadísima tal, que el más decidido retrocede para no agrandar el mal que ha originado.

Experiencias comprobatorias con el medium.

Sábase que en Junio del año pasado, se prestaron Mme. Bisson y su medium Eva, a realizar sesiones de espiritismo en la Soborna, en París, sometidas a la observación y comprobación de los sabios, para que estos dieran fé de la verdad de sus experimentos.

Después de diversas comprobaciones, el dictamen emitido por los profesores, termina diciendo: «En lo que concierne a la existencia de una ectoplasma que sería inexplicable con los datos de la Fisiología, nuestras experiencias han llegado a resultados que no pueden ser considerados sino como enteramente negativos.»

A esto replicaba Mme. Brisson, que lamentaba mucho haber presentado a Eva cuando no disponía de todas sus facultades, asimismo de que las experiencias no hubiesen sido prolongadas hasta conseguir el fin apetecido.

Igualmente, decía, los hombres de ciencia pretenden siempre aplicar a todo sus métodos metafísicos, y no debieron los profesores de la Soborna intentar tocar el ectoplasma, ni atacar al medium cuando empezaba a estar en condiciones.

Por eso las manifestaciones de Eva en estas experiencias, han sido extremadamente débiles, fugaces y deficientes.

Resulta que el ectoplasma no se manifiesta más que por la noche y al abrigo de ciertos tapujos; que el medium ha de aprovechar las conversaciones de los asistentes para prepararse y que estos deberán ser gentes previamente convencidas, siendo un impedimento la presencia de un solo escéptico.

¿Prestidigitación?

Los que han perseguido el estudio de esta cuestión, han establecido:

1.º Cuando el medium no está sometido a control, se producen fenómenos.

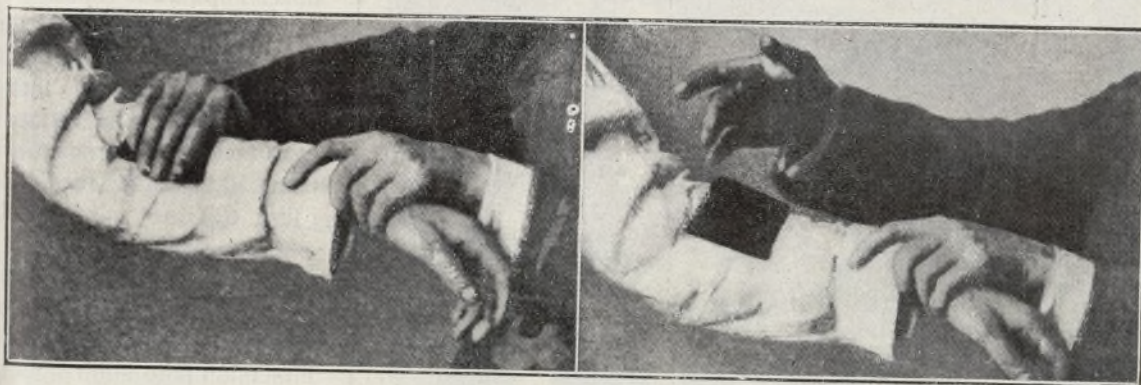
2.º Cuando lo está, los fenómenos decrecen a medida que el control aumenta.

3.º Cuando el control es completo, ya no hay fenómenos.

¿Deberemos sacar de esto la conclusión de que

Tal vez el error consista en creer que el único móvil de las acciones es el dinero.

Los estudios psicológicos han conducido a dejar sentado, que en todas las clases sociales hay individuos de esa categoría que algunos llaman *mistómanos*, que tienen una verdadera obsesión por mentir, por engañar, por equivocar a los demás, ya cuando hablan, ya en cualquiera otra forma de engaño; que es en ellos una resultante de su constitución; incontestablemente una irresistible manifestación patológica. Para ellos todo consiste en producir efecto, en causar extrañeza admirativa y en turbar la imaginación ajena; pero en un grado tal, que no se creería sin observar muy de cerca los resortes que pone en juego su alma, únicamente para atraer sobre ellos la atención de los demás. La más loca vanidad se liga estrechamente a su necesidad de llorar, de interesar o de intrigar. Y como han nacido así, como desde su infancia no han pensado más que en eso y se ejercitan sin cesar, como se han pa-



Un pedazo de fieltro sobre un brazo da la sensación de que persiste la presión de la mano.

no se trata de honradas y espontáneas manifestaciones, sino de apariencias engañosas, de trucos de una prestidigitación hábil?

Los ilusionistas de profesión, contestan invariablemente que sí, porque ningún medium se ha prestado jamás a ser vigilado por un prestidigitador, habiendo querido estos auxiliar con sus conocimientos a los hombres de ciencia. Y además, porque el público es tan crédulo, que será difícil a los creyentes arrancar sus creencias.

El poder del medium.

Convendría ahora desentrañar el papel que desempeña el medium y la razón de su poder extraño.

¿Es un farsante? ¿Por qué?

Hay muchos que se ve que trabajan desinteresadamente, y que las cuestiones pecuniarias figuran para ellos en último término.

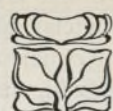
¿Qué interés pueden tener entonces en engañarnos?

sado la vida en perpetuo engaño, acaban por adquirir un oficio de mentirosos con una habilidad y una audacia difícilmente concebibles.

En esta categoría psicológica pueden colocarse los mediums, y se encuentra la confirmación investigando el pasado de cada uno.

Agréguese a esta mitomanía, una hiperactividad incansable, un gran cinismo y la fuerza psíquica necesaria al cumplimiento de los fenómenos que constituyen su orgullo y su gloria; y que todo esto cause una gran excitación de la patología mental, comunicándoles tal exaltación, que su afán de mentir no sea completamente consciente y que su estado lo tomen por una inspiración, por un don del cielo. Habría para ocupar mucho más espacio escribiendo de estas cosas; pero no llegaríamos a conclusiones concretas.

Baste decir, que tardará mucho aún la psicología en poder describir el alma del medium y el alma del creyente.



Naufragio de un submarino bajo el agua

Hé aquí el relato verídico del naufragio de un submarino, ocurrido el año anterior.

—«¡A los puestos de inmersión!»—. El comandante del buque dió la orden de apercebirse a des-

ocurrido la mayoría de los accidentes a los submarinos: el de zambullirse en el agua.

Ya no queda nadie sobre cubierta, y el agua empieza a invadir los depósitos laterales exteriores.

Unicamente queda arriba el comandante, al que advierte la bocina, que todas las compuertas están cerradas, el puesto de maniobra de señales luminosas indica «Local cerrado». Después de echar una mirada alrededor se decide el comandante a entrarse en el interior, cerrando tras sí la última compuerta o *capot*.

El navío se sumerge lentamente al principio y después con más rapidez. Los manómetros indican profundidades con creciente aceleración, sintiéndose zumbido de oídos a causa del aire comprimido.

¿Qué ocurre?

Sin aturdirse, viendo el peligro, el comandante da la orden de vaciar los depósitos de inmersión para subir a la superficie; pero la nave sigue descendiendo rápidamente. Ordénase cerrar los compartimentos estancos y soltar las quillas de plomo. ¿Subirá el navío como un corcho? Pues no; el agua invade las máquinas a pesar de haber cerrado las compuertas estancos; un fuerte golpe de mar se precipita en la cámara de maniobra por tres bocinas que no ha habido tiempo de taponar. Se produce en esto un circuito en el cuadro de distribución y se incendian los cables eléctricos, llenándose la cámara de un humo sofocante y que cie-



Momento solemne en que la tripulación de un submarino de guerra oye con recogimiento la plática religiosa de un capellán antes de emprender las prácticas de su peligroso cometido.

cender, luego de un corto recorrido por la superficie del mar. Por las estrechas y verticales bajadas, los hombres van desde el puente al interior.

Se aproxima el momento delicado en que han

ga. Durante todo esto el barco sigue descendiendo hasta una profundidad de veinte metros. Toca suavemente el fondo, un poco inclinado sobre babor y con la proa más alta que la popa. Continúa la lu-

cha contra el fuego, que al fin se extingue, y el agua se localiza en un compartimento.

—«¿Podremos subir a la superficie?»—es lo que todos se preguntan. Pero los repetidos esfuerzos son vanos y hay que interrumpirlos porque el aire comprimido se agota y la quilla de delante se ha desenganchado, pero la de atrás es imposible.

Hay cuarenta y ocho personas dentro de la nave que disponen de siete metros cúbicos de aire cada una, con lo que calculan tener para vivir unas ocho horas. Al siguiente día del naufragio el aire está tan viciado que no arden las cerillas; la respiración es difícil y dolorosa, no encontrando consuelo, sino un poco, al estar de pie, por lo que muchos se pasan así la noche. De mañana, se notan golpes en el casco; pero es imposible comunicar por el alfabeto Morse. Su depresión es tanta, que apenas si la idea de una inmediata salvación les presta un poco consuelo.

A bordo va otro capitán de fragata, compañero del comandante y comandante a su vez de otro submarino en construcción, del mismo sistema y tipo.

Entre ambos, convienen en escapar a través del kiosco para salir a la superficie y dar referencias a los salvadores para que puedan realizar el salvamento.

El que manda el barco no quiere abandonarlo, y el propósito acordado es que el otro salga ayudado por el que se ha de quedar.

Evasión dramática.

Consistía el proyecto en entrar los dos por la puerta interior en el kiosco, cerrando cuidadosamente en seguida; abrirían la cánula de agua del mar y ésta lo invadiría progresivamente hasta que el aire comprimido alcanzara la misma presión que el agua bajo la compuerta superior, la que mediante ese equilibrio, se podría abrir fácilmente. Ellos, con las cabezas en el interior de la cúpula, de la que el aire no podría irse, y los pies en el agua, que alcanzaría unos noventa centímetros, cuando se abriese la compuerta superior, habría de ser reemplazado súbitamente por el agua, siendo preciso contrarrestarlo con aire comprimido a alta presión; entonces el destinado a salir, lo haría a favor de ese mismo aire, atravesaría la cámara de cartas y por la abertura superior de la misma intentaría ganar la superficie del buque.

Entre tanto, el otro cerraría y detendría la admisión de aire comprimido en el kiosco, dando golpes con una barra de hierro en las paredes, a fin de avisar a la gente para que abriese el desagüe

del repetido kiosco, y él regularía la presión del aire abriendo y cerrando la cánula del tubo de alta presión volviendo a la cámara a maniobrar. Además, prepararon un flotador provisto de instrucciones, por si podían lanzarlo al mar y toda la operación no resultaba. ¡Era tan árdua!

Comenzada la maniobra como la habían dispuesto; la presión de aire les zumbaba los oídos hasta la sordera; una espesa niebla invadió el espacio superior, haciendo inútil la luz. Por fin, fué abierta la compuerta superior, pasó el que lo había de hacer, y el comandante se precipitó a cerrar, pero la formidable corriente de aire creada pudo más que él y lo lanzó por el hueco a la cámara de cartas, luego atrás y por último tuvo la fortuna de atravesar la abertura superior. Arrastrado por la corriente de aire y a veces nadando, pudo salir a la superficie, recogiendo un barco de salvamento que acudía con buzos.

Al otro infeliz lo había estrellado la corriente aérea en la misma cámara de cartas.

Como no podía pensarse en poner a flote el submarino, para salvar la tripulación se proyectó aplicar un tubo de sesenta y nueve centímetros de diámetro y dieciocho metros de largo al exterior del casco frente a la compuerta del puesto de lanzamiento central, uniéndolo con remaches y calafateándolos, en caso de no poderse abrir la compuerta se perforaría el casco mediante linterna al óxido acético.

Se calcularon diez y siete horas de trabajo para preparar esta salida.

Primeros socorros.

Aquella tarde consiguieron los buzos injertar en el casco un tubo de aire, tomándolo del exterior y llenándose con ello los depósitos en inmersión. A la mañana siguiente, los naufragos pudieron respirar un poco mejor. Entonces dieron comienzo a desplazar el agua de los depósitos externos de proa lo que era aún posible; después de larga espera, el nivel de aire marcó un máximo de graduación. Los salvadores les hacían señales luminosas ante el periscopio; pero no podían contestar. Les indicaron que la proa emergía y que aligerasen en ese sentido. El submarino tenía ya una inclinación de 16°; su popa entraba en el blando del fondo más de tres metros; pero la proa salía otro tanto del agua, el periscopio emergía y podían desde el interior ver los trabajos de salvamento.

Entre tanto, una columna de aire de dieciocho centímetros de diámetro atravesaba, mediante placas obturadoras, los dos cascos. Un buzo se fijó en

la placa exterior, aplicó a ella un tubo flexible con el que pudo extraer el agua comprimida entre los dós, dando lugar a que se evacuara el exceso de presión que había dentro del barco. El aire que salía de él era tan mefítico, que ni se podía soportar ni se creía posible que en su atmósfera hubiese habido seres vivos.

Por este tubo, los náufragos pudieron hablar ya con sus salvadores.

También por una manga flexible les echaron alimentos; pero casi ninguno comió. Lo que más les mataba entonces era la sed; asimismo se introdujo aire a alta presión logrando regularizar por completo la atmósfera en el interior.

Entonces se conoció lo que había ocasionado el siniestro. Cuatro respiraderos habían quedado abiertos en un departamento, a pesar de la señal de *cerrado*. Vióse que la palanca respectiva estaba en posición de «abierto».

El salvamento de la tripulación.

No habían terminado los sufrimientos de los náufragos. Estimando necesario establecer en la parte delantera, en el interior, una nueva red eléctrica procedieron a ello, produciéndose un corto circuito que incendió los aparatos y apagó la luz, teniendo que pasar las últimas seis horas en completa oscuridad, sin más luces que alguna que otra linterna eléctrica de bolsillo.

Después de haber intentado vanamente sacar a los náufragos por el tubo delantero lanzatorpedos, fué practicado un agujero en el casco por el que pudieron salir, luego de ir cerrando una tras otras las compuertas de los compartimientos estancos.

Puede concebirse la alegría de estos hombres sacados a la luz del día después de haber pasado por las alternativas del abatimiento y la esperanza.

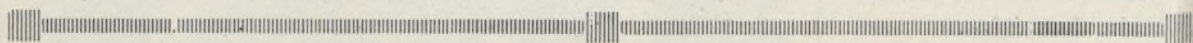
Unos reían, otros lloraban; la mayor parte se hallaban tan deprimidos que no podían manifestar ningún sentimiento y su alegría la tenían concentrada en su interior, por efecto de las horas terribles que acababan de pasar *vis a vis* con la muerte.

Se enlazó el submarino con fuertes cables de acero, a fin de ayudarle a salir a flote, pero tan pronto se salvó toda la tripulación y cesaron de funcionar las bombas de achique, el agua se filtró, los cables se rompieron y el barco cayó pesadamente al fondo.

Más tarde se procedió a otra operación: En cada compartimento se colocaron dos tubos, uno para hacer entrar aire y el otro para que el agua saliera obligada por la presión de aquél.

A los seis días de trabajo el buque flotó fácil y rápidamente.

En uno de los departamentos se encontraron los cadáveres de dos tripulantes que habían quedado encerrados en él, siendo inútiles los esfuerzos que se advertía que habían realizado para levantar las compuertas y salvarse.



MÁXIMAS Y PASATIEMPOS

Adquirir el conocimiento de sí mismo es hacer provisión de indulgencia para los demás.—*Petit-Senn.*

El hombre es rico desde el momento que ha sabido familiarizarse con la escasez.—*Epicuro.*

Si el hombre no quisiese otra cosa que ser feliz, lo lograría con facilidad; pero quiere ser más feliz que los otros y esto ya es más difícil, porque cree que los otros son más felices de lo que realmente son.—*Montesquieu.*

Los más de los hombres tienen, como las plan-

tas, propiedades ocultas que sólo la casualidad descubre.—*La Rochefoucauld.*

A los perezosos siempre les oireis decir que tienen ganas de hacer algo.—*Vauvenargues.*

Un negro de la Jamaica entregó a su amo un che-lín que encontró barriendo las alfombras. El amo le dijo:

—Guárdatelo en premio de tu honradez.

Poco tiempo después, habiendo perdido el amo un lapicero de oro y buscándolo inútilmente por toda la casa, preguntó al negro si lo había visto.

—Sí, mi amo, le respondió, pero me lo guardo en premio de mi honradez.

EL ORO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Uno de los modos de medir la prosperidad de los pueblos, es conocer el total de sus reservas en oro, la cantidad de él que resulta por habitante y la relación que existe entre los valores fiduciarios circulantes y esas reservas del precioso metal que son la garantía del billete.

La gran guerra lo ha cambiado todo, y lo mismo la situación económica de los pueblos, arrastrando ese cambio la relación que existía entre ellos con respecto al oro que poseían y que hoy poseen.

Desde que terminó la guerra, se estableció una corriente poderosísima de oro hacia los Estados Unidos de América del Norte, que aún no se ha cortado ni lleva camino de ello; pues aunque sólo sean los intereses del dinero que prestó a los aliados, es una cantidad elevadísima la que ingresará cada año hasta que la paguen algo así como cincuenta mil millones de pesetas, cantidad por la que son acreedores de las naciones europeas victoriosas.

La afluencia enorme e imprevista del regio metal ha sobrecargado seriamente el trabajo del servicio del Estado, al que corresponde el delicado cuidado de la recepción.

A la «Casa de la Moneda» (o las Casas) está confiada la tarea de asegurarse del valor exacto de los lingotes de oro, patrón universal para la medida común de todos los demás valores.

Los envíos se hacen generalmente en lingotes ya refinados; la técnica a seguir es diferente de la que se seguiría al tratarse de otro metal o de una aleación cualquiera.

Con los lingotes de oro fino, el problema se reduce a la determinación rigurosamente precisa del oro químicamente puro que contienen. Aun con mucho cuidado puesto en el refinado, siempre hay cantidades apreciables de otros metales: plata, cobre, platino, teluro, radio, paladio, zinc, plomo, etc.

Interesa, como es natural, investigar mediante un análisis especial la proporción representada por esos elementos extraños.

No basta aquí emplear el método de copelación, que consiste en fundir la *prueba* en un crisol refractario y poroso, en contacto con la cantidad apetecida de plata, cobre, litargirio, etc.

Esas pruebas, tomadas de algunos gramos de peso nada más, serían insuficientes para la medida del peso, muy pequeño, de las impurezas.

Se opera con mayor cantidad de peso. Tómanse diversas pruebas o porciones del lingote: de los ex-

tremos, de los bordes, del interior de la masa... se reúnen y mezclan cuidadosamente de manera que la *muestra* represente al bloque de que proviene.

En el momento de la solidificación de las mezclas o aleaciones de los metales se produce un fenómeno curioso que se llama *limación*, obedeciendo a cierta ley, que determina una clasificación de los componentes; pero a la vez, compromete la homogeneidad del producto sólido.

Por eso, al tomar las muestras parciales, hay que acudir a los puntos en que puede suponerse que existe composición diferente.

Entonces se pesa cuidadosamente la muestra, asegurándose mediante la solución de *agua regia* así llamada porque es capaz de disolver al *metal rey*. Por el contrario, a la plata, al mercurio y al plomo no los disuelve. Por lo tanto, si existen en el lingote analizado, quedarán depositados en la solución regia y se les separará apelando a un filtro.

De los tres, el cloruro de plata es soluble en el amoníaco, pero a condición de estar solo; luego se le extraerá lavando el depósito con este álcali. Se reprecipita con ácido clorhídrico, el cloruro de plata obtenido así, se retiene, se seca y se pesa; de esto se deduce fácilmente el peso de plata que hay en el todo.

Aunque se trata de averiguar la cantidad de oro tampoco se descuida el conocer las de los demás metales ricos, principalmente el platino, cuyo precio en el mercado es mayor que el del mismo oro.

Volviendo a tomar la solución obtenida por el agua regia en cuatro partes de agua destilada, ocho de ácido nítrico a 32° B, y treinta de ácido clorhídrico a 22°, se recoge el ácido nítrico que molesta la continuación de las operaciones, evaporando por ebullición, mientras que se añade ácido clorhídrico. En razón de los vapores nitrosos que se forman en consecuencia de la destrucción del ácido nítrico, vapores muy nocivos para la respiración, se opera, naturalmente, bajo una cubierta, en el interior de la cual, un aspirador se lleva enérgicamente todos los vapores producidos bajo ella.

En cuanto desaparecen los vapores son reemplazados por humareda blanca, que denuncia la total desaparición del ácido nítrico; admitiéndose en el seno del líquido una corriente de ácido sulfuroso, desde que la temperatura desciende un poco y está más baja de 50° C.

Los sulfuros de oro y de telurio son ambos insolubles, encontrándose precipitados.

Se recoge el precipitado en un filtro, y si realmente es de telurio, de lo que hay que asegurarse antes por un ensayo sobre una pequeña toma del lingote, se le separará fácilmente el oro por un tratamiento al ácido nítrico puro.

Recordemos, al terminar, puesto que el oro es tan de actualidad, que hay diversas proporciones legales para la aleación con él.

La moneda española es a la *ley* de 900 milésimas; es decir 900 partes de oro puro y 100 de cobre; en las medallas suelen ser estas proporciones 916 y 84. Pero la joyería dispone de tres grados de ley:

El refinado del oro en Filadelfia se verifica por medio de la electrolisis, nuevo método por el cual el precioso metal queda completamente limpio para destinarlo a la acuñación. Nuestro grabado representa



el taller en donde con precisión y celeridad son contadas las monedas antes de su expedición y recogidas en cajones, los cuales cada uno de ellos representa un número de monedas y una suma conocida.

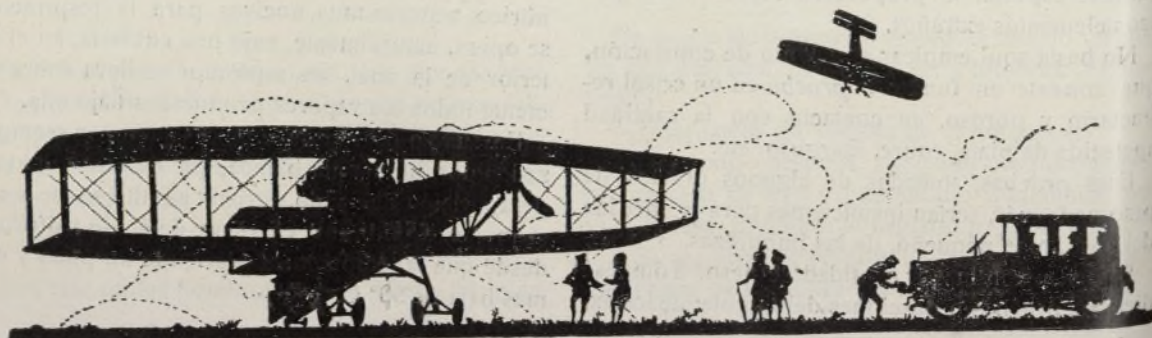
Finalmente, se recoge el oro en un filtro, se lava y se seca. Pesando en seguida y destarando el peso del filtro, se tiene exactamente el del oro contenido en la prueba tomada o muestra que se examina. Una sencilla regla de tres dará el peso exacto del oro del lingote.

Todo esto requiere mucha habilidad y cuidado en los encargados de ejecutarlo.

1.^a, 920 de oro y 80 de cobre; 2.^a, 840 oro y 160 cobre, y 3.^a, 750 y 250.

Todavía existe otra 4.^a para los constructores de relojes, de 583 de oro y 417 de cobre.

Hay que advertir que cuando figura el platino en una alhaja, no es en detrimento del oro, aunque aquél sea más caro; el oro habrá de ir siempre aleado, según *ley*.





LA ENLUTADA por JOSE LUIS MAÑES

Aquella tarde, al visitar a una anciana tía, santa viejecita a la que mucho quiero, en aquella pensión de *señoras retiradas* que una congregación religiosa tiene establecida en la calle de Fuencarral, conocí a varias ancianitas que, poco a poco, quedaron solas en el mundo, y allí habían encontrado amparo y calor de hogar, a una mujer casada, joven, abandonada del marido; a una muchacha que no quiso soportar al futuro esposo de su madre viuda, y a una huérfana, reducida a modesta orfandad, que allí llevaba, desde hacía algunos meses, una vida oscura y triste...

En el jardín que se extiende ante la casa, jardín no grande y poco cuidado, con una mísera fontana en el centro, sentados en sillones de mimbre, hablabamos mi tía, la huérfana y yo.

Una anciana que pasa, lenta y pensativa; otra, aislada, que lee con atención; dos muchachas que hacen labor y charlan amistosamente; una sirvienta, uniformada, que cruza, y un cura, el cura de la casa, que se marcha acompañado hasta la puerta por la Directora; todo ello da a este jardín y a esta casa aspecto de asilo o de convento o de sanatorio.

La huérfana viste de luto. Un sencillo traje la cubre toda de negro hasta el ligero escote del que surge el nítido alabastro de su garganta. Es blanca, con el pelo y los ojos negros. Las tupidas pestañas oscuras son unas recias pinceladas que al moverse amenazan por momentos ocultar el poema de su mirada que, casi escondida, tiene inconsciente pi-

cardía ingenua y llena, franca, tiene la honda dulzura de las almas buenas.

Mi tía, que aún lleva pocos días allí, dice que es su mejor amiguita en aquella casa, y que la está agradecida por su cariñoso cuidado. Yo, entonces, le muestro mi agradecimiento también y ella se excusa:

—Es egoísmo, crea usted. Desde que perdí a mis padres y estoy sola, tengo tantos deseos de querer a alguien...

¡Adorable huérfanita! ¡Qué sinceridad hay en sus palabras! ¡Cómo pesa sobre su vida la infinita amargura de sentirse aislada!

Seguimos hablando. Ella me cuenta, graciosamente, la vida de monja que hace en aquella casa. No sale apenas. No recibe visitas porque sus parientes no viven en Madrid. Y ha puesto sus amores en un rincón del jardín—me lo indica—que lo llama «suyo» y lo riega y lo atiende con tanto esmero—se destaca por florido—como si realmente fuera de su propiedad.

Me encanta, me cautiva esta linda mujercita enlutada que tiene atractivo de misterio. Viviendo esa triste vida que se limita en la verja del jardín, la voz de la ilusión se ahoga en su pecho. ¡Cuánto valdrá para ella una esperanza de amor!

Hemos amistado pronto. En un momento oportuno de nuestra conversación he elogiado su belleza. Y ella, con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, mirándome fijamente, ha recogido con



toda ternura mis palabras. Pudiera decirse que quedaba pactado nuestro amor...

Anochece. Una campana avisó la hora en que deben terminar las visitas. Besé a mi tía, di la mano a la huérfana que me dejó la suya—paloma blanca que escapaba de la prisión del luto—al tiempo que me otorgaba una mirada más y una leve sonrisa... Y salí.

A toda prisa volví a casa. Por la noche, después de cenar, me esperaban mi novia y su madre para ir al teatro...

* * *

Vuelvo a la casa de «señoras retiradas». Con alegría, con júbilo por visitar a mi tía y... por ver a la huérfana enlutada.

Durante estos días ¡he pensado tanto en ella! ¡Si lo supiera mi novia!... Estoy seguro de que la huérfana también ha pensado en mí. ¿No sueña con un libertador, audaz y enamorado? ¿Y no ha creído que, tal vez, pudiera serlo yo?

Apenas paso el umbral y ella que está allí mismo junto al rincón del jardín que ha hecho suyo, me advierte con esa voz suya emocionada que tiene siempre un leve, casi imperceptible temblor:

—No está su tía; salió y aún no ha vuelto.

Se acerca y me ofrece su mano tan breve, tan fina, tan suave, de nardo y de rosa. Al tiempo que nos miramos intensamente aprieto en mi mano la suya, poseyéndola unos momentos, y ese contacto carnal nos ha conmovido a ambos con una sensación cálida.

—¿Quiéreme usted pasar, sentarse?

—No, que es tarde.

Casi de noche ya, en el jardín ensombrecido, apenas se columbran imprecisas, confusas, las cosas.

Permanecemos junto a la verja, cerca de la puerta, como si fuera a despedirme, a salir... Pero es tan atrayente la belleza de esta mujer... belleza triste, con tristeza solícita, amable, de la que se sabe pobre, desgraciada y lleva el pájaro azul de la ilusión encarcelado el pecho. Que hay en su mirada tierna y larga, como una temerosa súplica de amparo; dijérase que pide tímidamente con los ojos una mano amiga, un corazón hermano, un amor...

Estamos en esa situación violenta de los que quieren hablar mucho, y, sin embargo, no se atreven a soltar palabra.

Murmura ella, por decir algo:

—Es muy buena su tía de usted. Hace dos días tuve un ataque al corazón, estoy tan enferma, y ella me cuidó como una madre.

Lamento su enfermedad y... otros momentos de silencio azaroso.

—Pero, ¿usted no sale nunca?—la pregunto.

—Casi nunca. En la calle, entre tanta gente, me encuentro más sola... Aquí, siquiera, todos nos conocemos.

—Buenas personas las que viven en esta casa, ¿verdad?

—De todo hay. Esto es mundo pequeñito, con sus luchas, sus intereses... De todo hay.

Yo temo por instantes hablarla con todo el ardor que me inspira. Es así de cerca, con su honesto traje negro, por sí misma—¡oh, los perfumes y galas, adorno teatral de otras mujeres!—, dignamente seductora, porque seduce, sin proponérselo ella, la elegancia venusina de su cuerpo rítmico que se adivina bajo el luto, y el brillar de sus ojos, más negros, más hondos en la noche. Y no puedo contener mis palabras en la iniciada conversación trivial ni me siento con fuerzas para despedirme de ella, marchar, alejarme... Estoy dominado por algo superior a mi voluntad y a mi reflexión.

—Usted no debe—la digo—condenarse voluntariamente a este aislamiento. Ni es agradecer al cielo la belleza que le ha otorgado, hacer esta vida de renunciación.

Me oye complacida, como si yo acertara a decir lo que ella desea. Me acerco más, y muy juntos, musitando a su oído mis palabras, continúo:

—La quiero a usted, sí, con toda la fuerza de mi juventud, con todo el deseo que me inspira el poema de ternura que hay en sus ojos, el tesoro de exquisiteces que es su boca, el altar pagano que es su seno... ¿Me quíeres, di, me quíeres?

Baja la cabeza como ocultándose a la energía de mi mirada anhelante. Tiene su peinado liso la airosa gracia de unas patillas rizadas, excepción de coquetería en la severidad de su tocado. Con un brazo ofrezco apoyo a su cintura quebradiza, con la otra mano acaricio las ondas lisadas de su pelo y sujeto después, suavemente, una de sus patillas. Presa ya acerco mi boca a la suya y un beso largo y hondo ahoga la respuesta que pensara darme... Se separa asustada.

—¡Por Dios!—dice con voz más tremante que nunca.

—¿Me perdonas?

—Sí, pero...

—Habla libremente, sin temores; dí tu pensamiento.

—Sí; te quiero, te quiero; pero, ¡no sé si atreverme a creer en ti!

—¿Por qué no? Mi amor es noble.

Llega mi tía. La abrazo, y momentos después suena la campaa que despide, reglamentariamente, a las visitas. Hay un apretón de manos, unas palabras en voz baja:

—¿Hasta mañana?—pregunta ella, con duda.

—Hasta mañana—contesto yo con seguridad.

La enlutada, del brazo de mi tía, van ambas jardín adentro. Y poco a poco sus sombras se hunden en la sombra...

* * *

Lo he meditado serenamente y lo he resuelto de manera definitiva; he de terminar ese noviazgo, apenas empezado, con la enlutada. A propósito he dejado pasar dos días sin ir desde aquella noche. Hoy vuelvo. Ya estará desconfiando ella de mi amor tan seriamente jurado en un rapto de pasión, de locura. ¿Debo yo dejar a mi novia? Imposible. Estamos para casarnos, y aunque superficial, ligera, mi novia es bonita, es elegante... Una muchacha «bien». Su padre es rico, bastante rico, y, sobre todo, tiene una gran posición social que supone una ayuda decisiva para mi carrera. No sería razonable que yo renunciara a este matrimonio que asegura mi porvenir.

Faltan pocos pasos para llegar a la casa. ¿Qué haré, qué diré? Dos días pensando lo mismo y no se me ocurre nada.

Llego, entro, y, ¡oh, sorpresa! allí, con mi tía, están mi novia y su madre. Busco a la huérfanita con la mirada; está en una silla, sola, cosiendo. Al pasar frente a ella me inclino cortésmente y sigo. Saludo a mi tía, a mi novia, a su madre. Es inevitable. La huérfana, de soslayo, nos observa. Mi novia me obliga a sentarme al lado suyo—yo, habíame colocado a prudente distancia—y se muestra conmigo más amable, más afectuosa, más íntima que nunca. Su charla es alegre y feliz. En un momento nos cogemos las manos... Y la huérfana lo observa, lo ve. Con resolución, con dignidad, se levanta, pasa ante nosotros sin mirar siquiera y se adentra en la casa. Comprendo la brusca y cruel des-

ilusión de esa muchacha y siento ganas de reñir con mi novia; su desbordada alegría ha sido como una injuria para la tristeza de la otra.

Cuando nos marchamos, ya anochecido, estoy apenado como un delincuente.

Hoy, el espectáculo de nuestra felicidad la ha llenado de amargura. Hoy, la huérfana enlutada tiene el alma, también, de luto.

* * *

Moda en el Ritz esta tarde. A las cuatro me espera mi novia en su casa. Allí nos uniremos para ir al te. Frente al espejo del armario acabo de vestirme. Está bien este traje que estreno hoy.

La enlutada... ¡Pobre! Tres días desde aquella tarde. Aún me acuerdo de ella. Pero es irremediable. Yo tengo que seguir la orientación que conviene a mi vida. Decididamente, el corte de este traje es impecable.

¡Caray! Si mi reloj de pulsera no miente tendré que darme prisa para que no espere mi novia. Se enfadaría y no estoy de humor para riñas.

—¿Se puede, señorito?

—Sí, ¿qué hay?

—Esta carta. La ha traído una mujer; dice que es urgente.

De mi tía. ¿Qué pasará? La leo ávidamente: «Mi buena amigueta, la huérfana, ha muerto. Estoy muy impresionada y te ruego, hijo mío, que vengas a mi lado esta tarde que es el entierro».

¡Qué horror! ¿Seré yo, tal vez, la causa de su muerte? No lo pienso con vanidad de conquistador que sería criminal además de estúpido, sino con honda amargura de culpable. La verdad es que por inconsciencia, por ligereza, por no contener un impulso apasionado, me he conducido como un canalla.

Salgo apresurado, nervioso. En un continental que hallo al paso, escribo a mi novia avisándola lo que sucede.

Cuando llego, mi tía está en su cuarto.



—¿Qué ha sido? ¿De qué ha muerto?—pregunto impaciente.

—De un ataque al corazón. En pocas horas, hijo. Pero yo he permanecido a su lado hasta el último momento y no se me quita la impresión.

Al rato llegan mi novia y su madre, atraídas sin duda por la curiosidad más que por el sentimiento.

—¿Quién era? ¿Cómo era? ¿Joven? ¿Guapa? ¿Pobrecilla! ¿Aquella rubia, gruesa?... ¿Una morena, alta?

Nada, que no la conocía.

—¿Tú la has visto?

—No, yo no.

—¡Ah! Pues yo quiero verla. Se podrá verla, ¿verdad usted?

—Si quieres...

—Pero, mujer...

—¿Te da miedo? ¡Jesús, qué hombres estos! Pues voy yo sola. ¿Dónde está?

—Ahí, mira—dice mi tía señalando una puerta a la izquierda en el pasillo.

Por fin, accedo. Según nos acercamos va intensificándose el resplandor inquietante de esa luz tan

blanca de los hachones. Al entrar, mi novia se coge a un brazo mío.

Amortajada con habito, en un féretro pobre, todo negro, yace la huérfana. En su cara ha dejado la muerte un gesto espantable. En desorden, lacios están los cabellos que yo acaricié...

Mi novia, junto a mí, las manos sobre mi pecho, la mira con miedo.

—Vamos, vamos—le digo.

Me parece un sarcasmo estar allí ante ella, tan juntos.

Salimos. Mi novia, de mi brazo, se esfuerza por contener su temblor. Se ha parado un furgón ante la puerta y entran esos hombres fatídicos—de otro mundo o de otra raza—que cumplen su cometido con fría indiferencia. Y a poco salen con el féretro a hombros.

El furgón se aleja inadvertido por la gente. Nadie detrás...

Nos despedimos de mi tía. Salimos. Mi novia y su madre, calladas. Yo, abrumado de dolor, sintiendo sobre mí, como un culpable, la pesadumbre del delito.

F L O R I L E G I O G A L A N T E

por LORENZO ROLDAN

CONFESIÓN

Hoy nos falta la fé para adorarnos
y el fuego del amor hemos perdido.
No nos juremos un amor mentido,
que es más noble y leal el confesarnos.

¿Por qué hemos de fingir; por qué enga-
(ñarnos?)
si vamos caminando hacia el olvido,
y hemos los dos a un tiempo presentido
que no podremos ya jamás amarnos.

Déjame que al pensar en tu belleza
me invada amargamente la tristeza
al ver en ambos la ilusión perdida.
Y en el silencio augusto del dolor,
tu recuerdo será como una flor
que arome la nostalgia de mi vida.

MISTERIO

La vi salir de casa alegre y ruborosa
y adiviné al momento su gran satisfacción.
La seguí, y en su cara ví una honda turbación
que hacía presagiar una cita amorosa.

Veía en sus andares, veía en sus miradas,
el ansia de llegar al lugar convenido
y el encanto de hallar las delicias de un nido,
como una realidad de pasiones soñadas.

Va loca en su desvío, va loca e incitante
quizá en busca del novio o en busca del amante
—se vé que la domina una ardiente pasión—.
Por él saldrá de casa en busca de aventuras,
en busca de deleite, en busca de dulzuras,
que enfloren de entusiasmo su ingenuo co-
(razón).

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA, POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

blorosa y lívida y volvióse hacia Aguiar desencajado, extraviados los ojos.

—¡Huye de esa mujer! ¡No vuelvas a verla, que te volverá loco! No tengas tanta confianza en el amor a la novia de tu pueblo, que no hay escudo contra las miradas de sus ojos sin alma. Es una sirena cuya seducción no puede resistirse...

La voz se le quebró en un sollozo y todos esperaron las amenazas de muerte que era fatal saliesen pronto de sus labios. Pero, no. Aquel hombre, un instante abatido sobre la mesa, se incorporaba más pálido, mirando al nuevo amigo sin hablar, con extraña expresión de ansia y como de miedo. Conmovido, Daniel quiso tranquilizarle. El escudo de su amor era buena garantía, se lo aseguraba. Esto aparte, no se expondría a casarse allí, como generalmente ocurría a cuantos se enredaban en amores con las criollas. Y sus nostalgias se desbordaron tumultuosamente. ¡Casarse allí! ¡Arriesgarse a no ver más la tierra nativa! ¡Renunciar voluntariamente al encanto de aquel lejano paisaje que a cada revuelta tenía una atención con quienes por él cruzaban! ¡Paisaje bondadoso, paisaje generoso, paisaje clemente, que daba de comer al hambriento con sus frutos y de beber al sediento con sus aguas claras y descanso al necesitado de descansar con sus blandos rincones y hasta era galante ofreciendo espejos a las mujeres con sus quietos remansos recogidos en las verdes faldas de sus lomas! ¡Si ni siquiera sabía cómo acertaba a vivir sin verlo! ¡Cómo no renunciaba a ciertas locuras y se volvía allá! Y, tras un silencio penoso, quiso tranquilizar a Farfán enteramente:

—Por mí, no tengas cuidado ninguno. No me haría caso, es lo más probable; pero tampoco lo cambio por la novia de mi tierra.

Mas contra todo lo que pudiera presumirse, Farfán, hasta entonces triste y abatido, fué en aquel momento cuando se levantó arrogante.

—¿Vas a decir que es más bella?

—Es otra cosa. No será tan llamativa, pero...

—Claro, Aguiar, habla claro. Nada de argucias, nada de habilidades. ¿Es más bella tu novia? ¿Eres capaz de sostenerlo?

El otro callaba y casi rugió apartando la silla:

—Declara en el acto que jamás viste mujer como mi amada, belleza cual la suya... Y de no declararlo, vente a la calle conmigo...

Aguiar sólo dijo que le dejase en paz. Farfán de los Godos, animándose, le sujetó rudamente por la solapa.

—¡Vamos a la calle!

El primer impulso de Aguiar fué el de arrojarle sobre aquel hombre absurdo que, sugestionado por los versos del poeta amigo, se creía realmente de otra edad, con obligación de defender cuanto entonces se defendía, valiéndose de las mismas palabras y haciéndolo casi del mismo modo. ¡Había que verlo, tan menudo, tan cetrino, mordido tan deplorablemente por las viruelas, pero engallándose sobre los altos tacones, la mano en la cintura como sobre el pomo de la espada, retadores los ojos, insolente el bigote, más arrogante que una cresta el chambergo de alas movibles! No representaba una comedia, no. Y esto hizo que Aguiar se aplacase. Le había tomado a aquel hombre un cariño sincero, y se arrepintió sinceramente del impulso que le hizo ponerse en pie, marchar a la calle con ánimo de agredirle. Tuvo lástima de Farfán tan escuálido, tan insignificante, sólo sombrero y bigotes, entre sus brazos de campesino... Se le acercó, amable, amical, forzando una sonrisa.

—¿No sería mejor que tomásemos unas copas?...

Todos aprobaron; pero Farfán se creció. A él no se le sobornaba con ofrecimientos de alcoholes. Si Aguiar le tenía miedo, que lo dijese; si quería su perdón, que se lo pidiese noblemente. Con los arrogantes, era una fiera, ya lo sabían; con los humildes, un cordero dulce...

Daniel temió que la cosa no tuviese arreglo y acabase por pegarle. Llegó a decirse que nada le estaba haciendo tanta falta. Pero aún se defendió. ¿Le pegaría realmente? ¿Lo desharía de veras entre sus manos? ¿Le llevaría a tanto el amor propio? Comenzaba a reunirse gente, y Farfán, ya con tal abundancia de testigos, siguió creciéndose. Le afeó aquello de no confesar la culpa ni dar las reparaciones debidas, le insultó... Aguiar, lívido, casi dispuesto a abalanzarse sobre él, tuvo de pronto una idea, una inspiración salvadora:

—Todo eso me lo dices a mí porque sabes que nada me dolería tanto como hacerte daño. Pero, ¿a que no se lo dices a este señor?

Señalaba a uno del público, un sujeto gordo, al parecer muy entretenido con la escena. Farfán de los Godos le miró fieramente.

—¡A ese señor, y a su padre!

El gordo protestó sorprendido, y Farfán, sujetándole por las solapas, comenzó a golpear la pared con su cabeza, como si estuviese ahincando un clavo... Costó trabajo salvar al gordo, hubo que lastimar a Farfán, que pegarle de veras para quitárselo de entre las garras...

Las preocupaciones de Daniel se acentuaron. Había agotado el dinero completamente y aun continuaba en la desorientación de los primeros días. La ropa, que desde hacía algún tiempo ya brillaba mucho, comenzó a deshilacharse, a rompersele.

calles a individuos que sacó del pueblo remoto una ilusión idéntica a la suya y no habían tenido otra suerte. Pasaban hablando solos, errante la mirada, lejano, tal vez el espíritu. Eran españoles, italianos, alemanes, rusos. Algunos se expresaban en idiomas cuya música no conocía siquiera.

Antón le preguntaba a diario:

—¿Nada todavía?

—Nada.

—Pues vos buscar, buscás...

Esto parecía contenerle. Pero una tarde añadió, insinuante y dulce:

—¿Por qué no te mandas mudar a la azotea? Allí no me importa que te demores más en la paga...

Daniel, que había temido la expulsión, lanzó al viento un suspiro de alivio. Y la azotea, que tan horrible le pareció en el primer momento, comenzó a tener para él encantos grandes. Aquello era un



Era una locura seguir de aquel modo, y, por consejo de Antón, volvió a casa del doctor Yáñez. Yáñez le dió una carta para el gerente de un Banco, diciendo con convicción absoluta:

—Esta ya verá qué bien le sirve.

No le sirvió tampoco y se alejó sin protestas, sin indignaciones. Si algo sentía ya era, ardiente y dolorosa, la nostalgia del país natal. En sus paseos de ocioso, llegaba frecuentemente a la dársena, con la ilusión de acercarse a su tierra. Siempre estaba desembarcando gente en rebaños lentos y tristes. Siempre, aquella gente, marchaba después, amontonada en largos trenes, hacia el interior del territorio, a fecundarlo con su sudor. Acaso era eso lo único que allí se deseaba. Tal vez quienes, como él, venían con ansias de desarrollar un trabajo de otra clase, fuesen unos seres perniciosos a quienes debía ahuyentarse a toda costa. Creía reconocer por las

rincón de aldea, con los rumores y la vida de los parajes verdaderamente aldeanos. Mujeres cantando llenaban a toda hora su cántaro en la fuente; cantaban los gallos al amanecer; de noche oía coplas frecuentemente entonadas en el idioma popular de su tierra nativa, y muchas mañanas le despertaban, como en Piornelo, los sarmientos de la vid llamando blandamente a los cristales de su choza.

Una de aquellas mañanas interrumpió de repente la lectura de *El Pendón de Castilla*, grato periódico con el cual consolaba a veces sus nostalgias, para bajar apresurado, aturdido, en busca de Antón.

—¿Qué sociedad es ésta? ¿Qué empleo es éste?

Antón pasó la vista por el aviso y cerró los ojos como a una claridad que los deslumbrase.

—Vete allá en seguida y quédate por poco sueldo que te den. Esa sociedad la preside don Anselmo

Iturbe, y si te entendés con él, si conseguís que te aprecie, podés decir que hiciste tu suerte.

Fué. La sociedad tenía su domicilio en una casa de planta única, casa colonial todavía, con cancela de hierro y el patio fresco y florido de las casas andaluzas. De un brocal bien labrado salía una palmera que, recordándole la visita a Madariaga, le hizo fruncir el ceño.

—¡A ver de qué me hablan aquí!

Pero Iturbe no le habló de nada absurdo. Al oírle preguntar si era verdad que allí había una vacante, dijo que, en efecto, la había habido.

—Pero ya está cubierta. Hubo, hasta ayer, el cargo de portero segundo. Ayer mismo que hubiese usted venido, y el puesto seguramente era para usted. Usted me agrada más que el otro. Es más joven, parece más fuerte.

Daniel afectó no entender el vago gesto que le despedía. Aquel hombre era uno de los individuos más emprendedores de la Colectividad, de los medidos en empresas más grandes. Fomentó industrias, acreditó productos, implantó cultivos nuevos, enriqueció a mucha gente. No, no debía alejarse de allí por la fútil razón de que el cargo de portero segundo estuviese dado a otra persona... Y suspiró:

—¿De modo que cubierta la plaza?

Iturbe le había recibido de pie, en medio de la habitación. Era un hombre alto, enjuto, con unos dientes que relucían de limpios y un airoso bigote blanco y un bonito y ondeado cabello de plata. Al oír las palabras del visitante, le miró mejor y pareció compadecerse del traje raído, de las botas mal limpias, de toda su pobreza.

—Créame que yo también lo siento.

—¿Y no habrá otra cosa?

Le había dado ánimos aquella afabilidad, aquella compasión por sus desdichas y prosiguió, forzando una sonrisa que disculpase el atrevimiento:

—Lo que sea. Aunque que se trate de algo mejor.

También se sonrió Iturbe, cariñosa y compasivamente:

—Hay otra cosa, hay, pero no creo que le sirva. Hay un puesto de auxiliar del abogado. Sólo que hace falta el título.

—Título de aquí, naturalmente.

—No. Basta tenerlo en España. Ahora, que eso es indispensable.

—Pues lo tengo.

—¿Pero usted es abogado? —preguntó Iturbe, mirándole con asombro donde se traslucía cierta admiración.

—Sí, señor.

—¿Y aceptaba el puesto de portero?

—¡No habiendo otro! ¡Estoy ya harto de buscar

trabajo inútilmente, señor Iturbe! ¡Harto de deber favores!

Volvió Iturbe a mirarle más lenta, más detenidamente, y por fin decidió:

—Bien, joven, todo eso me gusta. Vuelva mañana y me parece que puede considerarse admitido...

Hombre muy ocupado, de minutos siempre avaramente medidos, sacó el reloj con la mano izquierda mientras le tendía la diestra sin otra palabra. Y si Daniel se estremeció no fué por la alegría de verse acaso en el comienzo del triunfo. Otra cosa hizo temblar su mano entre la mano de Iturbe. Acababa de abrirse el reloj ante sus ojos y de mostrarle, pegado a la tapa, en sitio donde sólo se pone el retrato de una persona muy querida, el de cierta mujer que conoció en el acto. ¡Ella! Su famosa enemiga del muelle, la amada de Farfán de los Godos, la sirena terrible que no tenía corazón.

IV

Nada dijo del sorprendente descubrimiento a los compañeros de hospedaje. Tendría que darles cuenta de sus trabajos en busca de un empleo, y si algo odiaban en este mundo eran los empleos, las ocupaciones metódicas, esterilizadoras, según ellos, de toda energía, de toda independencia. Admitido en la sociedad, guardó más escrupulosamente el nefando secreto. Salía de casa a escondidas y tenía



que valerse de mil argucias para explicar sus ausencias.

Pero las tejía con gusto. A pesar de que el sueldo era una miseria, estaba contento en la casa que se lo daba, lleno de esperanzas nuevamente. El secretario de la sociedad, un tal Pumariega, viejo amigo, viejo protegido de Iturbe, que sólo con los ojos de Iturbe veía y sólo sentía al través del alma de aquel hombre, le trataba cada vez con mayor afecto. Iturbe, en consecuencia, comenzaba a interesarse por él. Pumariega, poniéndole paternalmente la mano en el hombro, llegó a decirle que fuese pensando en alguna cosa, pues quien le ayudase no había de faltarle. Aguiar aprovechó la ocasión para satisfacer una curiosidad que le preocupaba.

—Diga, Pumariega. ¿Qué es de D. Anselmo esa mujer cuyo retrato trae en la tapa del reloj? Hija, ¿verdad?

—Hija, sí señor, hija única...

Y sonrió.

—No sería mal negocio, no, a pesar de todo...

Daniel le censuró tal suspicacia y preguntó luego el por qué de aquellas reticencias. ¡A pesar de todo! ¿Era mala la hija de Iturbe? ¿No tenía realmente corazón, como le habían dicho? El secretario de la sociedad, después de meditar un instante, contestó al través de un suspiro:

—¡Es de aquí!

Con hijos también en aquella tierra, al hablar de tan triste asunto había puesto el dedo en una llaga viva. Suspiró de nuevo. ¡Era de allí! ¿Era americana! Más hija, por lo tanto, del país que de su padre, no se creía en el deber europeo de obedecerle ciegamente, de amar cuanto él amase, de ser el encanto y así como el premio de su vida. Sin madre desde muy pequeña, educada por el ambiente tan sólo, alardeaba de una independencia que era el constante disgusto de Iturbe, pero contra la cual nada podía. Y algo más triste aún: a Iturbe ya ni el consuelo le quedaba de terminar en la patria sus días. La había llevado allá, para acostumbrarla, para encariñarla con aquello. Imposible. A pesar de su apellido vasco, Iturbe era de Asturias, de una aldea encantadora que se llamaba la Pola de Ancares. Pues ni la aldea bonita, ni los campos venturosos, ni las costumbres arcádicas consiguieron, sobre ella, el menor triunfo. Las burdas cortesías de los campesinos molestaban su sensibilidad de mujer de lujo, la ponían nerviosa los cohetes de las fiestas, y las notas de la gaita, tan dulces siempre para el corazón de su padre, sólo le hacían el efecto de un cuchillo que rascase un plato. Iturbe tuvo que restituirla al país donde había nacido, abandonando el sueño de tantos años. ¡Pero a qué costa

seguramente! Sin un verdadero objeto para la vida aquel hombre ya no era el mismo. Pumariega le vio cambiar de carácter desde entonces, envejecer, cubrirse la cabeza de cabellos blancos...

Una nostalgia tal y tan sin consuelo hizo que Daniel amase a Iturbe como a un hermano más desgraciado. Iturbe, no obstante la escasez de sus visitas a la oficina, parecía darse cuenta del amor de su empleado y agradecérselo. Un día se interesó por los planes que tuviese y hasta le obligó a concretar.

—No sé. Creo que aquí los abogados, con la defensa de un solo pleito, ganan a veces verdaderas fortunas. Acaso revalide el título.

—¿Pero usted sabe lo que eso cuesta?

—Puedo mudarme a una casa todavía mas barata, gastar aún menos...

El presidente sonrió bondadoso, admirando aquella capacidad de sacrificio, pero consideró el proyecto una locura: abogados, doctores, ya había demás.

—Espere a ver.

En hombre de tan pocas palabras, la vaga frase podía ser una promesa, y Daniel comenzó a creer posible y próxima la vuelta a la tierra. Desesperándole no poder hablar de aquella dicha, se propuso al fin enterar a los compañeros del sitio donde pasaba las horas. Pero, cuando ya estaba decidido, Pumariega acudió a hablarle de la fiesta de su santo. Iría gente que le convenía conocer, y, poniéndole sobre el hombro una mano insinuante, dijo que Estela, la hija de Iturbe, no faltaba sin duda. Después añadió:

—Queda usted invitado.

Y ya Daniel le daba las gracias, cuando el otro opuso el reparo tremendo de que no podía ir con aquel traje. Daniel estalló furioso. ¿Para qué le invitaba entonces? ¿No se había dado cuenta de su falta de ropa? Pumariega tuvo un gesto de hombre sagaz que se da cuenta de todo. Y conociendo el genio arisco, el carácter independiente del nuevo abogado, quiso aplacarlo sin más dilaciones.

—No se sulfure, mi amigo. El decirle que no puede ir así, no es burlarme de su traje. Es, sencillamente, una manera delicada de ofrecerle otro, de abrirle un crédito en casa de mi sastre.

Pero Daniel, en vez de enternecerse, le lanzó una mirada terrible. ¿Por quién lo tomaba Pumariega? ¿Cómo se permitiría con él confianzas tales? Pumariega cortó la conversación, sofocado de ira.

—Creí que le hacía un favor.

—Y eso es, naturalmente. Pero yo no tengo por qué deber favores a quien no quiero debérselos.

(Continuará.)